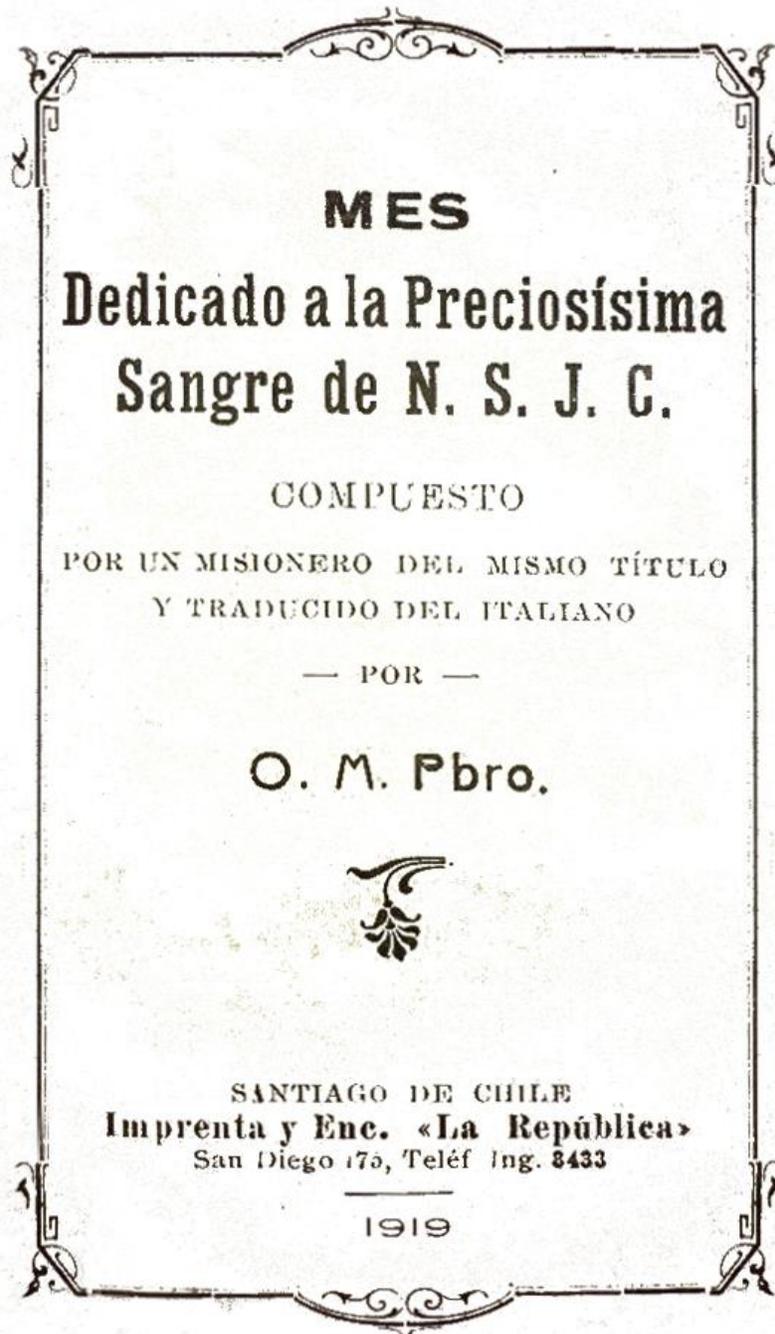


MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE
NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO



MES DEDICADO A LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE
NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 1

DÍA PRIMERO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DIAS

¡Oh Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que de continuo estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

CONSIDERACIÓN

LA DEVOCIÓN A LA PRECIOSA SANGRE

- I. Toda dignidad exige reverencia y honor; y mientras más sublime es, tanto mayor obsequio se le debe. Honramos a los santos porque son amigos y cortesanos de Dios. A la Virgen Santísima tributamos una veneración más especial, porque es Madre de Dios. Pero a la Preciosa Sangre debemos rendir el máximo honor, porque está unida hipostáticamente a la Divinidad, porque es Sangre de un Dios hecho hombre. Almas creyentes, pongamos en práctica eso que nos enseña la fe: encendámonos en el más tierno amor hacia la Divina Sangre, y honrémosla con la más afectuosa devoción.
- II. A todo bienhechor se le debe amor y gratitud en proporción de los beneficios que comparte. La Preciosa Sangre es el verdadero precio de nuestra redención, ella nos ha reconciliado con el Padre celestial, nos ha hecho amigos e hijos suyos y nos ha conquistado una felicidad sobrenatural, cual es el eterno goce de Dios mismo, bien infinito. En una palabra, nos ha hecho tales beneficios, que no se puede esperarlos mayores. Por tanto todos debemos encendernos del amor más ardiente, demostrar los más sinceros afectos de gratitud, y profesar sumo reconocimiento a tan benéfica Sangre.
- III. Es necesario que los indigentes estén siempre allegados a la fuente de las gracias, y los enfermos al depósito de las medicinas. La Sangre de Jesús, por ser el precio infinito de nuestra redención, constituye la fuente inextinguible de todos los bienes y el remedio de todos los males. Siendo nosotros pecadores y viles creaturas no podemos, ni merecer, ni hacer bien alguno por nosotros mismos; por eso nos conviene correr continuamente a saciar la sed en esta fuente de la Preciosísima Sangre. Vamos pues, piadosos cristianos, vamos a beber las aguas de todas las gracias, que manan de las llagas del Salvador, por medio de una tierna devoción a su Sangre, especialmente en el curso de este mes a ella dedicado, empezándolo y prosiguiéndolo hasta el fin con gran fervor y afectuosa devoción.

Ejemplo: En Berito, ciudad de la Siria habiendo llegado a manos de algunos hebreos una imagen del Redentor, con rabia diabólica renovaron éstos los insultos y tormentos que un día sus padres hicieron sufrir a Jesús cuando vivía en la tierra. Blasfemias, salivas, golpes, clavos, todo ello emplearon para deshonorar esta santa imagen: y al fin con una lanza le traspasaron el costado, el cual apenas herido, comenzó a manar viva Sangre. Sin conmoverse lo más mínimo ante tan gran prodigio, acercaron un vaso a la herida, y una vez lleno de aquella Sangre, lo llevaron a la Sinagoga; donde, entre improperios y burlas, ungieron con él a toda clase de enfermos, los cuales al instante sanaron. Caminaban expeditamente los cojos, veían los ciegos, oían los sordos, hablaban los mudos, y los moribundos mismos recobraban la salud apenas eran ungidos con la milagrosa Sangre. Ante tan portentoso número de curaciones instantáneas, operadas bajo sus propios ojos, no pudiendo ya resistir su obstinación, y arrepentidos todos se condujeron al Obispo de Antioquía para pedirle el bautismo; y con ellos mismos muchos otros hebreos abrazaron la fe de Cristo (Baronio, Anales Eclesiásticos. Ant. 787 n. 23, etc. El Martirologio Romano conmemora este prodigio el 9 de Noviembre). Procuremos también nosotros la más tierna devoción a la misma

Sangre divina, y obtendremos de Jesús gracias espirituales, y aún corporales, si nos sirven para la salvación del alma.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir.

Obsequio: Rezar cinco Pater, Ave y Gloria a las cinco llagas de Jesús.

JACULATORIA

A vuestra Sangre

Rendir honor,

Siempre deseo,

Caro Señor.

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

¡Oh Sangre preciosísima de mi Jesús! Yo os adoro como a Sangre de mi Dios, os doy gracias como a mi perpetuo bienhechor, os alabo y bendigo como al precio de mi redención, os amo como a fuente de los dones celestiales, y quiero amaros y honraros por todo el resto de mi vida. ¿Qué sería de mí, si me alejase de Vos, que sois mi bien, mi vida, mi todo? Ciertamente me perdería. Para evitar tan grande desventura quiero estar siempre unido a Vos, y alimentar para con Vos, la más tierna devoción. Amén.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DIAS

¡Oh Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el

Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadeceos de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que llore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DEDICADO A LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 2

DÍA SEGUNDO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que continuamente estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

Jesús quiere ser honrado en su Sangre Preciosa

I. Como un capitán goza de reportar honra mostrando las gloriosas heridas recibidas en la guerra, así Jesús anhela ser honrado en su Sangre, con la cual ha triunfado de sus enemigos y cumplido nuestra redención. Por esto dijo a Santa Gertrudis que cuantas veces

uno fija la vista en el crucifijo, otras tantas es mirado amorosamente por Dios. (Blosio). Por esto, apareciéndose en la hostia consagrada, crucificado y destilando Sangre, a la Beata Ángela de Foliño, le dijo que en tal modo quería ser honrado. (Vida de la Beata Foliño 1870). Por esto a muchos santos se ha aparecido ensangrentado, y en muchas de sus imágenes ha derramado prodigiosa Sangre. Cumplamos entonces el deseo de nuestro amado Dios: honrémosle en su Sangre Preciosa.

II. Después de la última cena, Jesús rogó a su Padre que lo glorificara; ¿pero de qué modo esto deseaba? Por medio de su Pasión, dice San Pablo (vemos a Jesús coronado de honor y gloria por su pasión y muerte. Hebreos, II, 9). Y he ahí que fue escuchado su ruego. Apenas clavado en la cruz, aunque ella le servía de trono, las espinas de corona, los clavos de cetro y la Sangre de púrpura; sin embargo lo reconocieron por rey divino, el sol, con oscurecerse; la tierra, con sacudirse; los muertos, resucitando; y los mismos crucifijos, confesándolo por verdadero Hijo de Dios: unámonos a ellos también nosotros, honrando a Jesús, pendiente de la cruz, teñido en su Sangre, y le rendiremos el honor que desea.

III. San Juan Evangelista, arrebatado al cielo, vio al Cordero divino como muerto y a los ángeles y santos alabar y bendecirlo, porque había muerto por nuestra salvación y nos había redimido con su sangre (Redemisti nos in sanguine tuo. Apoc. V. 9). Si en el cielo no se sabe honrar a Jesús mejor que en su Sangre, en la tierra ciertamente no podemos honrarlo mejor que con una afectuosa devoción a la Preciosa Sangre. Por tanto, ¡Oh cristiano! Si quieres unir un día, en el cielo, tu voz a la de los bienaventurados para alabar a la Sangre Preciosa, procura honrarla con el más tierno afecto mientras vives en la tierra.

Ejemplo: El 10 de Mayo de 1718, en la ciudad de Asti, mientras un sacerdote celebraba Misa, se observó que la sagrada hostia estaba quebrada en el medio, y la quebradura teñida de viva Sangre. Avisado el Superior eclesiástico, éste se condujo allá con los canónigos, y llamó también médicos y cirujanos, y todos declararon que era sangre la que manaba de la sagrada hostia. Hecha consagrar otra hostia, fue consumado el sacrificio, y la teñida con la prodigiosa sangre encerrada con cinco sellos en decente urna con cristal, fue expuesta a la veneración del pueblo. En seguida, después de tres días de ayuno, fue llevada por la ciudad en solemne procesión, en la cual muchos anduvieron descalzos y muchísimos derramaron lágrimas de compunción por sus pecados. Finalmente, hecho un proceso en regla, la urna fue cerrada con nuevos sellos y puesta en una custodia sobre el tabernáculo. Monseñor Felipe Artico de Ceneda, Obispo de Asti, el 10 de Mayo de 1841, en presencia de varias otras personas, rotos los sellos y abierta la sagrada urna, halló, con gran consuelo y admiración, que después de 123 años, la milagrosa hostia se encontraba aún incorrupta y teñida de viva Sangre. Habiéndola examinado médicos, cirujanos y muchísimas otras personas, formó un proceso jurídico, firmado por 100 testigos, de los más expectables ciudadanos, y después de dejarla por algún tiempo expuesta a la veneración pública, la encerró como antes (Ricardi, Los Prodigios de la divina Eucaristía, n. 4, Prodigio 18.).

Tal milagro demuestra no solamente que bajo las sagradas especies, junto con la carne, está la Sangre de Jesús, como nos lo enseña la fe; sino también que Él quiere ser honrado en su Preciosa Sangre; y por eso los fieles deben amar, con todo el afecto de sus corazones, esta Sangre Divina.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir.

Obsequio: Besad a menudo el crucifijo, diciendo: Quiero amaros con todo el corazón.

JACULATORIA

Viva la sangre
Que derramó Jesús
Herido
Por nuestro amor

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

Mi amado Jesús, ¿queréis que yo os honre por vuestra Sangre? ¿Y de qué otra manera, yo, miserable criatura, podría rendiros el debido honor, sino con esta Sangre de valor infinito? ¡Oh, Sangre divina! A cada hora, a cada instante quiero ofreceros a mi Dios, quiero glorificarlo continuamente en vos, quiero teneros sobre mis labios y dentro de mi corazón, para que mis alabanzas y actos de amor, enriquecidos por vos, sean aceptos y agradables al Criador y Salvador mío.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DIAS

¡Oh Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadecedme de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que lllore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 3 DÍA TERCERO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

iOh Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que profundamente estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

CONSIDERACIÓN

María Santísima anhela que sea honrada la Sangre de Jesús

I. El amor de las madres para con sus hijos es tan grande, que más desean el bien para ellos que para sí mismas. María más que cualquier madre ama a su Jesús, y por tanto desea sumamente que todos le amen en su Preciosa Sangre. Por lo que le dijo a Santa Brígida: mi hijo te ama mucho, por lo tanto ámalo también tú, y conserva siempre en tu mente su sangrienta pasión, la cual como joya preciosa te adorne continuamente el pecho (Revelaciones, libro 1, capítulo 7). Esas mismas palabras María dirige ahora a nosotros, ¿y no habremos de escucharla?

II. Para inflamar los corazones de amor hacia su Hijo, María, representada en la sagrada Esposa, describe sus amabilísimas facciones, diciendo que no solo es blanco, sino también coloreado de un hermoso rojo. Es decir, según S. Agustín lo describe, no sólo como Dios humanado en su seno, sino además clavado en la cruz, derramando sangre por nosotros. Quiere por tanto, que especialmente sea amado su Jesús pendiente de la cruz y ensangrentado. Almas amantes de María, honrad pues a la Preciosa Sangre, ya que tanto ella lo desea de vosotros.

III. Santa Matilde vio a Jesús que goteaba sangre y a María que postrada a sus pies lo adoraba. Aún más, oyó que la Santísima Virgen la invitaba a hacer lo mismo (Lanspergio, Revelaciones de Santa Matilde, libro 4, cap. 1); y Santa Catalina de Riccis vio que a sus religiosas la Virgen daba a besar las llagas y a beber la Sangre de su Hijo (Razzi, Vida de la Santa, libro 2, c.37). Con las cuales visiones la divina Madre estimulaba a estas santas a amar a Jesús, que ha dado la Sangre por nosotros, y a honrarlo en esta misma Sangre. Apareciéndosele también a Santa Brígida, se lamentó de que no se honrase como es debido un tesoro a ella tan caro, cual es la Preciosa Sangre (Revelaciones, libro 6, cap. 112). No hagamos oh cristianos, que la Virgen Santísima se lamente también de nosotros. Honremos, pues, constantemente a la Sangre divina, y haremos algo a ella muy grato, aún por ella ardientemente querido.

Ejemplo: A la beata Juana María de Maillé se le apareció la Santísima Virgen con el niño en los brazos, y en la mano un incensario, donde estaba la Preciosa Sangre, e incensó a la beata como para significarle que el oloroso incienso que ha de ofrecerse a su divino Hijo, es honrarlo en su Sangre, o sea, que debía ser devota de la Preciosa Sangre. De hecho, luego se sintió la beata llena

de amor hacia ésta, de manera que la tenía siempre presente en su mente, y a menudo al meditar las penas entre las cuales fue derramada, era arrebatada en éxtasis. La Virgen para premiarla, presentándose al marido de la beata, lo libró de las manos de sus enemigos, y estando ella gravemente enferma, también apareciéndosele, la sanó. En otra ocasión en que se hallaba enferma, mientras se celebraba la Misa en su habitación, al tiempo de la elevación, vio en la hostia al Niño Jesús, derramando Sangre, y deseando ella beber del sagrado cáliz, se halló la boca llena de aquella Sangre divina. Después de haber sido favorecida a menudo en vida, con la presencia de Jesús crucificado y de su divina Madre, el miércoles, día dedicado a María, el 28 de Marzo, fiesta de la Preciosa Sangre en Ferrara, voló al Paraíso (Bolandistas, 28 de Marzo. Vida y proceso de la beata. Pío IX aprobó su culto en 1871). ¡Qué especiales favores reciben de Jesús y de María los devotos de la Preciosa Sangre! Imitemos a esta beata en la devoción a la Sangre de Jesús y seremos queridos de Él y de su Madre Divina.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir.

Obsequio: Decid siete Ave Marías a la Virgen para que nos obtenga el amor a la divina Sangre.

JACULATORIA

En nuestro pecho

Infunde, oh Madre,

Un grande afecto

A aquella Sangre.

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

Virgen Santísima, Madre de mi Jesús, vos deseáis que yo honre a vuestro divino Hijo, y lo haga en su Preciosa Sangre. Por eso lo disteis a luz al mundo a fin de éste fuera redimido con su Sangre. Debemos por tanto, bendecir y honrar continuamente a esta Sangre. ¡Ea! vos, que todo lo podéis, obtenednos esta gracia de amor a Jesús y honrarlo en su Preciosa Sangre por todo el resto de nuestra vida.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza

he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadecedme de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que lllore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 4

DÍA CUARTO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que profundamente estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

María Santísima fue la primera devota de la Preciosa Sangre

I. Ocho días después de su nacimiento, Jesús quiso ser circuncidado. La circuncisión se ejecutaba haciendo un tajo en el cuerpecito del niño. La Santísima Madre, toda compasión y dolor en tal circunstancia, viendo padecer a su Hijo, primero que todos adoró la Sangre derramada por el Niño, y en espíritu le ofreció a Dios conociendo plenamente que era esa sangre divina y precio de la humana redención. ¡Oh Virgen Santa, vos habéis dado al mundo a Jesús y con él la devoción a su Sangre! Esta devoción, por tanto, será siempre el objeto más querido de nuestro corazón.

II. El Calvario fue el lugar donde principalmente Jesús derramó su Sangre por nosotros, y allí más que en parte alguna, María se mostró amante de ella. No sólo, dice San Bernardo, besó repetidas veces con tierno afecto la cruz y la tierra en los lugares que veía salpicados con la Preciosa Sangre, sino que recibido en su seno el Hijo muerto, imprimió en sus sangrientas llagas los más afectuosos besos, lavándolas con sus lágrimas (S. Bernardo. Lamentaciones de la Virgen María). ¡Tanto era su afecto hacia la divina Sangre! Luego recogió la sangre manada de las Divinas Llagas y la guardó consigo cual prenda querida, por todo lo restante de su vida (Baronio. Anales Eclesiásticos 34, n.132); y a la hora de la muerte lo dio como el más preciado don, a su hijo adoptivo Juan (Revelaciones de Santa Brígida, libro. 6, cap. 112). Quien desea, pues, ser mirado por María como hijo querido, debe ser tierno devoto de la Preciosa Sangre.

III. El amor a la Sangre divina, no se extinguió en la Santísima Virgen, con la muerte y sepultura de Jesús, sino que se mantuvo en ella siempre vivo, durante todo el tiempo que aún permaneció en la tierra. Todos los afectos de su corazón y los pensamientos de su mente, eran enderezados a Jesús, manante en Sangre; de modo que, dice el doctor San Alfonso "La mente de María estaba teñida en la Preciosa Sangre, y esta misma coloreaba cada uno de sus pensamientos" (San Alfonso, Glorias de María, p.2. Huída a Egipto). Ella misma lo reveló a Santa Brígida, diciéndole: "En cada una de mis ocupaciones, tenía yo presente la memoria de la sangrienta pasión y muerte de mi Hijo, y mientras viví, a menudo visitaba los lugares donde Él derramó su Sangre" (San Alfonso, Glorias de María, p.2. Huída a Egipto). ¡Oh amor verdadero y grande de María, hacia la Preciosa Sangre! Si queremos pues, cautivarnos de su corazón, imitémosla en esta devoción.

Ejemplo: La beata Verónica de Binasco, queriendo hacerse monja empezó a aprender a leer, rogando a la Virgen que la ayudara. La cual apareciéndosele un día le dijo: "Quiero que aprendas bien estas tres letras. La primera es *blanca*, es decir, no debes dejar entrar en tu corazón, afecto alguno que no sea por Jesús. La segunda es *negra*, a saber, no debes escandalizarte ni murmurar por los pecadores, sino rogar por sus almas, que cuestan sangre a mi Hijo. La tercera *roja*, es decir, que debes meditar siempre en su pasión; pues esta enciende el alma de amor divino y la enriquece con gracias especiales". Oído lo cual entró Verónica de conversa en el monasterio de Santa Marta en Milán, donde se entregó de lleno a ejecutar cuanto le había enseñado María, especialmente a meditar los dolores de Jesús. Haciendo lo cual era arrobada en éxtasis y derramaba copiosas lágrimas, que empapaban sus vestidos. Para premiar tal devoción, la Virgen se le apareció varias veces; y por largo tiempo los sábados la llevó consigo al cielo. A veces Jesús le dio por su mano la comunión, y la hizo ver los siete principales derramamientos de su Preciosa Sangre, y le dijo que hasta una lágrima derramada por su pasión le es muy agradable, y de utilidad para quien la vierte. Habiendo tenido anticipado el anuncio de su muerte, se voló al cielo el Viernes 13 de Enero de 1497 (Bolandistas, 13 de Enero, Vida de la Beata, y Torelli, Siglos Agustonianos año 1497, n.12). Aprovechémonos, oh fieles, de la lección que dio María a esta beata, siendo devotos de la Preciosa Sangre, y participaremos también nosotros de sus favores.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir

Obsequio: Mientras oís la Santa Misa, pensad en la pasión y muerte de Jesús.

JACULATORIA

Yo quiero, oh Virgen

Por vuestro amor

A tanta sangre

Rendir honor

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

Virgen mía querida, es justo que el hijo imite en bien a la madre, y que yo siga vuestro ejemplo de amor hacia la Preciosa Sangre. Vuestro corazón nutrió siempre la más tierna devoción a ella, y vuestra alma ardió entera por su amor. También yo, Madre mía divina, quiero abrazar una devoción tan agradable a vos: quiero ser siempre devoto de la Preciosísima Sangre. Una sola chispa del fuego en que por ella ardáis os pido que me deis, y seré vuestro fiel imitador en amar la Sangre de vuestro divino Hijo.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadecedme de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que lllore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 5

DÍA QUINTO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que profundamente estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

María, llena de gracias por la Sangre de Jesús, nos obtiene, mediante esta misma, también a nosotros gracias.

I. Por el Verbo eterno fueron creadas todas las cosas, y por Él fue todo reconciliado. Jesús, con la efusión de su Sangre, nos ha devuelto la divina amistad, y nos ha constituido hijos del Padre celestial; por consiguiente esa Sangre es para nosotros la fuente de todo bien. Por tanto es la Preciosa Sangre fundamento y manantial de todos nuestros méritos. A ella, pues debemos enderezar nuestros afectos.

II. Si María Santísima fue concebida sin pecado original y colmada de todas las gracias desde el primer instante de su concepción, lo debió a los méritos de la Sangre Preciosa. "María, dice la Santa Iglesia, por los méritos de la pasión y muerte que Jesús habría de sufrir, fue preservada de la culpa original, y llegó inmaculada a la existencia, y llena de gracias sobre todas las criaturas". (Bula dogmática de Pío IX, 8 de Diciembre de 1854). Sí, oh Virgen Santísima, disteis a Jesús cuerpo y sangre de un modo nuevo y admirable, y de un modo también nuevo y admirable gozasteis ("Redimida de un modo más sublime", ibidem) de los frutos de su Sangre, llegando a la existencia adornada de todas las más sublimes gracias. Por esto, Oh devotos de María, muy justo es que demos gracias y honremos siempre a la Preciosa Sangre, que tan grande ha hecho a esta nuestra divina Madre.

III. La Santísima Virgen es la dispensadora de todas las gracias, porque habiendo tenido en ella origen la Preciosa Sangre, Jesús quiere que los beneficios de ésta lleguen hasta nosotros por intercesión de ella. Por esto nos la dio por Madre, no cuando subió al cielo, sino mientras

derramaba su Sangre en la cruz, "como si hubiera dicho, escribe el doctor San Alfonso: Nadie puede participar de mi Sangre, sino por intermedio de mi Madre. Mis llagas son las fuentes de las gracias, pero éstas no llegarán a las almas, sino por medio de María que es su canal". (S. Alfonso. Glorias de María p. 1, c. 5, n. 1). Quien desee, por tanto, participar de los tesoros de la Sangre divina, acérquese a María y los tendrá en abundancia. A la devoción de María junte la de la Preciosa Sangre, y las bendiciones celestiales descenderán copiosamente sobre él.

Ejemplo: Un día se apareció María a San Pablo de la Cruz, vestida de negra túnica, teniendo sobre el pecho escritas estas palabras en un blanco escudo en forma de corazón: "*la Pasión de Jesucristo*", y le habló de esta manera: "Hijo: si quieres hacer obra grata para mí funda una congregación en la cual se use este vestido y se haga continuo luto por la pasión y muerte de mi querido Hijo". Ejecutó Pablo los deseos de la divina Madre, instituyendo la Congregación de los Pasionistas, a quienes agregó, a los tres acostumbrados, un cuarto voto, de avivar en todos el recuerdo de la Pasión. Ésta, para él, tan querida devoción trató de infundir en los demás, predicando con tanta ternura sobre los padecimientos de Jesús, que movía los más obstinados corazones a compadecerse del Dios crucificado. La Santísima Virgen, complacida de tal obra, se le apareció muchas veces durante su vida, y en punto de muerte, vino con su Hijo a tomar su alma para llevársela al cielo. (Pablo José de la Inmaculada Concepción. Vida del Santo). Si quieres, cristiano, que María sea tu refugio y tu abogada, ama a la Preciosa Sangre, lávate en ella, mediante una buena confesión, resuélvete de veras a no pisotear más esta Sangre con el pecado; y por los méritos de la misma, te obtendrá María la gracia de la perseverancia y el paraíso.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir.

Obsequio: Haced una visita a María Santísima, rogándole por la Sangre de su Hijo que os obtenga la salvación de vuestra alma.

JACULATORIA

Por nosotros ofrece,

Oh Virgen Madre,

La Sangre de tu Hijo,

Ante Dios Padre.

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

Virgen Santísima, Madre del Verbo Divino, volved a nosotros vuestros compasivos ojos, y a la vista de nuestras miserias y necesidades, moveos a piedad de nosotros. En vos tuvo origen la fuente de las gracias, la Sangre Preciosa; mediante ella podéis, pues, ayudarnos. Ofrecedla por nosotros al eterno Padre, y seguramente nos alcanzaréis todo lo que necesitamos. Haced que un río perenne de la Sangre de vuestro Hijo, se deslice sobre nosotros, para que robustecidos con ella podamos vivir santamente y morir en el abrazo del Señor.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadeceos de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que lllore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 6

DÍA SEXTO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que de continuo estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

La Sangre de Jesús es condigna satisfacción del pecado

I. Grandes penitencias han hecho los santos. San Pablo, primer ermitaño, vivió cerca de cien años en el desierto (Breviario Romano, 15 de Enero), y San Simón Estilita se estuvo durante muchos sobre una columna (Martirologio Romano, 5 de Enero); mortificándose ambos con ayunos y cilicios. Otros se ejercitaron en indecibles austeridades. De entre los mártires, quien ha sido quemado, quien descuartizado, quien obligado a beber plomo derretido, quien bárbaramente lapidado. Ahora bien todos estos padecimientos juntos, sin la Sangre de Jesús, son insuficientes para satisfacer por una sola culpa ¡Tan grave es! No os atreváis, pues, cristiano, a cometer jamás el maldito pecado.

II. El pecado, como ofensa a Dios, requería una satisfacción infinita, que el hombre miserable no podía dar. Por tanto nuestra perdición hubiera sido irremediable, si el misericordioso Señor no se hubiera hecho hombre y expiado nuestras culpas con el mérito de su Sangre Preciosa. Siendo ésta la Sangre del hombre-Dios, tiene un valor infinito, y por consiguiente es por sí sola bastante para obtener nuestro rescate. ¿Cuánto entonces no debemos amar esta Sangre divina? ¿Qué tierna devoción no debemos sentir hacia ella?

III. La vida animal está puesta en la sangre; y Dios había decretado que el pecado se borrara con la sangre de la víctima (Levítico, XVII). Pero con la sangre de los animales y aún la de todos los hombres, es imposible cancelar las culpas, por ser ella de valor infinito; por esto fue necesario que Jesús consumara nuestra redención con la efusión de su Sangre. Demos, pues, las gracias y amemos tiernamente la Preciosa Sangre, que nos ha librado de nuestra irreparable perdición.

Ejemplo: La beata Elena de Udine, tanto siendo casada como siendo monja, meditó continuamente la Pasión de Jesús; por cuyo amor dormía sobre la desnuda tierra; se flagelaba cruelmente y los viernes se alimentaba con solo una fruta y bebía hiel y vinagre, Jesús se le aparecía clavado en la cruz y ensangrentado, en la sagrada hostia, cuando ella oía Misa o comulgaba. Para gozar aún mejor de los frutos de la Preciosa Sangre, en 1450 fue a Roma en ocasión del año santo, haciendo a pie centenares de millas, llevando 33 piedrecitas dentro de los zapatos, así de ida como de vuelta. Conociendo que las mortificaciones, aunque grandes, por sí solas no bastan para satisfacer por el pecado, no quiso otra gracia del Papa Nicolás V, sino la indulgencia en artículo de muerte. Después de tres años de penosas enfermedades, estando próxima a morir, para confortarla, se le apareció María con Jesús manando Sangre; y ella, habiéndose hecho aplicar la dicha indulgencia y leer la Pasión, alzó la cabeza hacia la cruz y expiró (Torelli, Siglos Agustonianos, año 1458, n. 25, etc.). Amemos también nosotros entrañablemente esta Sangre, único precio condigno de nuestro rescate, y mediante ella, libres de la merecida condenación, alcanzaremos la vida eterna, la felicidad que nunca tendrá fin.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir.

Obsequio: Antes de empezar cualquiera acción, diréis; *Eterno Padre, yo os ofrezco la Sangre Preciosísima de Jesucristo en descargo de mis pecados y por las necesidades de la Santa Iglesia. Y ganaréis cada vez cien días de indulgencia.*

JACULATORIA

La Sangre sea

Siempre alabada

Que de los cielos

Abrió la entrada

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

¿Qué habría sido de mí, querido Señor mío si no hubieseis derramado vuestra sangre por mi salvación?

No pudiendo yo satisfacer por los pecados cometidos, me habría irremisiblemente perdido, Sangre Preciosísima de mi Jesús; vos sólo habéis podido satisfacer por mí a la Divina Justicia y vos sólo sois, por tanto, mi salvación. ¡Cuánto agradecimiento por ello os debo! Quiero, pues, honraros y amaros siempre en esta vida, para poderos honrar y amar eternamente también en la otra.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadecedme de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que lllore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 7

DIA SÉPTIMO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que de continuo estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

La Sangre de Jesús nos ha redimido de la esclavitud del demonio

I. El gigante Goliat, alto y robusto como dos veces un hombre, revestido de bronce de pies a cabeza y armado de punta en blanco, amenazaba a los hebreos que, atemorizados, no sabían cómo librarse de él, cuando un pastorcito de cabellos rubios, llamado David, se adelantó contra él, con un bastón, cinco piedras, y agitando su honda, con una de esas lo mató. Dice San Agustín que en este hecho está figurada la victoria que Jesús crucificado obtuvo sobre el gigante infernal (Véase la lección del 2º nocturno, Oficio de la Domínica 4ª después de Pentecostés); pues Jesús, rubicundo de sangre, con el leño de la cruz y sus cinco llagas venció al demonio y nos rescató de su esclavitud. Por lo tanto cuando nos tienta, dice San Buenaventura, pensemos en Jesús crucificado y lo venceremos (El cristiano vence al Diablo con el recuerdo de las llagas de Cristo y el leño de la cruz, S. Buenaventura, en la Circunscripción del Señor, Sermón 4º).

II. Pocos días antes de morir decía Jesús: «Ha llegado el tiempo en que el demonio será echado del mundo» (San Juan XII, 31); es decir, con mi muerte libraré al hombre de la esclavitud. En efecto, apenas el Salvador fue crucificado, dice San Jerónimo, el demonio viéndose vencido, quería impedir que el muriese, y por esto, hizo decir a los judíos: «Si eres hijo de Dios, desciende de la cruz»; pero Jesús, despreciando tales palabras, derramó hasta la última gota de su Sangre y consumió nuestro rescate (San Jerónimo sobre San Mateo XXVII, 43, lib. 4). ¡Oh amor inmenso de Jesús por nosotros! A tal consideración ¿quién no se sentirá arrastrado a amar a un Dios que para redimirnos ha derramado toda su Sangre, clavado en un madero?

III. Vio San Juan gran número de bienaventurados que seguían al Verbo, el cual llevaba su túnica salpicada en Sangre; y que por ellos era vencido el opuesto ejército infernal (Actas de la Santa Sede, Vol. 12, pág. 44). Igualmente nosotros, para vencer las tentaciones, debemos unirnos con Jesús ensangrentado; pues esa Sangre que nos ha redimido de la esclavitud del demonio, nos dará la victoria contra sus ataques.

Ejemplo: En Santa María de la Esborra, en España, un sacerdote mientras celebraba la Misa, fue tentado a dudar de la presencia real de Jesucristo bajo las especies sacramentales, cuando vio de improviso en el cáliz consagrado, en vez de las especies de vino, aparecer viva Sangre. Y ésta creció de tal manera en el cáliz, que lo llenó todo y aun corrió por fuera, llegando a bañar el corporal. Con tal milagro se desvaneció toda tentación en el sacerdote. Sergio IV, entonces Papa, mandó instruir sobre ello un proceso canónico, y declaró prodigioso el suceso por una Bula especial, el año segundo de su pontificado. En 1868 se veía aun colorear de Sangre aquel corporal. ¡Cuántos sucumben en las tentaciones por no valerse de la Preciosa Sangre! Aprovechemos de ella al menos nosotros, invocándola y recibéndola a menudo en los sacramentos, y con tal medio, en los más tremendos asaltos del infierno, estaremos seguros de lograr la victoria.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir

Obsequio: Cuando seáis tentado decid: *Jesús mío, por vuestra Sangre, ayúdame.*

JACULATORIA

Por esta Sangre

Del Redentor;

Satán no temo

Tu gran furor.

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

¡Cuántos bienes me habéis aportado Jesús mío, con la efusión de vuestra Sangre! Por ella me librasteis de la esclavitud del demonio y merecisteis para mí, la gracia de no recaer en ella. ¿Cómo sucede entonces que yo tantas veces me dejo vencer del enemigo infernal?

Todo por culpa mía, porque no me valgo de vuestra Sangre. ¡Con tanto costo vos me habéis rescatado, y yo, por un innoble desahogo de pasión me vendo al demonio! ¡Qué amargura aporto de esta manera a vuestro corazón! ¡Qué afrenta a vuestra Sangre!. Ea, por esta misma Sangre, perdonadme, pues para lo futuro quiero siempre lavarme con ella, y siempre invocarla en los peligros, a fin de vencer toda diabólica tentación.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

iOh Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! iOh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. iOh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. iOh Corazón de mí amado Jesús! iOh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadeceos de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que lllore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 8

DIA OCTAVO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh! Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que continuamente estáis recibiendo de las creaturas humanas y en especial de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

La Sangre de Jesús libra de los divinos flagelos

1. Dios para librar a los hebreos del castigo con que iba a afligir a los egipcios (en cuyo país aquellos se hallaban), les ordenó que después de sacrificar un cordero, señalasen con su sangre, las puertas de las propias casa. En efecto, aquella noche, el Ángel del Señor mató a todos los primogénitos de Egipto, sin hacer daño alguno a los que habitaban las casas teñidas con aquella sangre. Ahora bien, si los hebreos, *dice* el Pontífice Pío IX, quedaron exentos del castigo común por la sangre, figura de Jesús; ¿Cuánto más esta

valdrá para salvar a sus devotos de los divinos flagelos? ¿Por qué entonces lamentarnos de las desventuras? Recurramos a la Preciosa Sangre, lavémonos con ella y será para nosotros valiosísimo escudo contra los flagelos divinos.

2. El profeta Ezequiel vio a seis ministros de la ira divina hacer estragos entre los ciudadanos de Jerusalén, perdonando sólo a aquellos cuya frente había sido macada con una cruz. Igualmente San Juan vio a los ángeles que al castigar al mundo, sólo perdonaban a los señalados que se habían lavado con la Sangre del Cordero Divino. En ambas visiones están figurados los amantes de la Preciosa Sangre, como privilegiados para quedar exentos de los divinos castigos. Feliz también en el tiempo, quien sea devoto de la Preciosa Sangre.

3. Si el Señor justamente indignado contra nosotros nos castiga por las faltas cometidas, como un medio eficaz para aplacar su ira, ofrezcámosle la Preciosa Sangre, encendámonos de sincera devoción a ella, bañémonos en ella acercándonos con frecuencia a los sacramentos y veremos en el hecho como es gran verdad que la Divina Sangre de que estamos rociados, desarma el brazo de Dios y nos libra de sus justos flagelos.

Ejemplo: Sta. María Magdalena de Pazzis, era tan amante del crucifijo, que al sólo mirarlo era arrobada en éxtasis. Viendo una vez que del crucifijo corría por tierra mucha Sangre, exclamó: «Quisiera ser tierra para absorberla». Un día de carnaval, mientras marchaba en procesión junto con las religiosas para aplacar la divina justicia, a fin de obtener que suspendiera los castigos merecidos por tantos pecados que en dicho tiempo se cometían, vio a Jesús cubierto de Sangre, con la cual purificada se ofreció para padecer las mismas penas que Él y de este modo aplacar la divina indignación. En otra ocasión vio a Jesús coronado de espinas, que quería sustraer a los hombres ingratos su divina gracia, y ella, ofreciéndole igualmente el rostro de Él ensangrentado, trató de aplacarlo. Jesús mismo le ordenó que le ofreciera la Preciosa Sangre por los pecadores y haciéndolo ella, desarmó a menudo la Divina Justicia. Aquí tienes, oh, cristiano el remedio de tus males; ama y ofrece por ti mismo la Preciosa Sangre.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir.

Obsequio. Prostrados a los pies de Jesús, rogadle que, por su Sangre, os libre de los castigos merecidos por el pecado.

JACULATORIA

Por vuestra Sangre,
Cordero mío
Has de evitarme
Todo castigo.

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

Razón tenéis ioh Señor! para castigarnos con repetidos flagelos, siendo tan grandes en número y malicia los pecados que de continuo cometemos. Empero, considerad lo que os ofrecemos, la Sangre de vuestro Unigénito; su vista aplaque vuestra justicia, desarme vuestro brazo y nos obtenga el perdón, puesto que arrepentidos detestamos nuestras culpas y proponemos su enmienda. Sangre de mi Jesús a vos me entrego todo, en vos confío, y rociado de vos ciertamente, me libraré de los merecidos castigos.

ORACION FINAL

¡Oh Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadecedme de mi, misericordia y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que llore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V: Señor nos redimisteis con vuestra sangre

R.: Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos, amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 9

DÍA NOVENO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh! Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que de continuo estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

La sangre de Jesús llena el alma de paciencia

- I. Apenas nace el hombre, cuando empieza a llorar; y una lágrima pende de su pestaña cuando muere. Señal evidente de que nuestra vida ha de ser acompañada siempre de sinsabores y miserias. Y en

verdad la vida es tiempo de pruebas y no de placeres; pues aquí abajo debemos merecer la felicidad, que para siempre nos será dada en el cielo. ¿Pero quién nos animará a soportar los trabajos? ¿Quién nos consolará en las aflicciones? Jesús crucificado. Pensemos siempre en su sangrienta Pasión, y de esta manera seremos confortados en las angustias y desventuras.

- II. Estando temeroso de pasar un torrente el ejército hebreo, Simón, su jefe, se arrojó primero al agua y con su ejemplo todos los demás pasaron, despreciando peligros y molestias (Macabeos, XVI, 6). Jesús, Dios nuestro, no sólo nació en una gruta y vivió fatigosamente en un taller; sino que además, entre dolores atrocísimos, derramó su Sangre por nuestro bien: ¿Y rehusaremos nosotros seguirlo en el padecer? En verdad su ejemplo no puede menos que animarnos al sufrimiento.
- III. San Pedro de Verona, recluido en la cárcel por infame calumnia, acongojado oraba ante el crucifijo, el cual hablándole lo consoló con estas palabras: "Pedro, ¿qué mal he hecho yo para estar en la cruz?" (Marchese, Diario Dominicano, Vida del Santo, 29 de abril). Igualmente recibiremos nosotros de Jesús alivio en los trabajos y valor para padecer, si fijamos la vista en el mismo crucificado. El pensar que sufrió siendo inocente y que nosotros padecemos mucho menos de lo que hemos merecido; el reflexionar que no hemos vertido ni una sola gota de sangre por Él, que toda la suya la derramó por nosotros, ciertamente ha de confortarnos en sumo grado en nuestros padecimientos.

Ejemplo: Un hombre, habiendo dejado el mundo, se hizo religioso. Mas el demonio furioso de ver encerrado en el claustro a quien en medio del siglo fácilmente habría podido vencer, lo asaltó con vehementes tentaciones. Representábasele el maligno que le sería imposible llevar una vida tan austera; y poniéndole ante la imaginación las comodidades de la casa paterna, y el duro lecho y pan negro del convento, trataba de persuadirlo a que sin tantas austeridades podía salvarse fuera de la religión. Combatido así por mil dudas, aquel fuese a orar a los pies del crucifijo; y en lo mejor de la oración, vio manar prodigiosa Sangre del sagrado costado, y oyó una voz que le decía: "Mira esta Sangre derramada por ti, acuérdate de ella en las austeridades y todo te será fácil y suave" (San Buenaventura Perfección de vida, c. 6). Feliz él, que siguiendo tal consejo soportó los rigores todos de la vida religiosa! Feliz también el que lo imite, pues con este medio sufrirá en paz toda tribulación.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir.

Obsequio. En toda contrariedad repetid: Hágase la voluntad de Dios.

JACULATORIA

La vida mía

¡Cuán penosa es!

Dame paciencia,

Sangre preciosa.

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

¡Jesús mío, cuanto habéis sufrido por mí! ¡Entre cuán fieros tormentos habéis derramado vuestra Sangre por salvarme! ¡Y a mí me agrada tan poco el padecer!

Y yo, que tantas veces he merecido las penas del infierno, ¿me quejaré de las breves tribulaciones de este mundo? ¿Me lamentaré hasta de la más pequeña incomodidad? Pero si a vos no me asemejo en el padecer, ¿cómo podré entrar con vos en la gloria? Ah! De hoy en adelante quiero grabar en mi mente vuestra imagen, toda bañada de Sangre, para sufrir, animado por ella, toda tribulación. Sangre Preciosa, derramada entre las más acerbadas penas, de vos espero las fuerzas para sufrir con paciencia en esta vida a fin de poder gozar en la otra.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Corazón de mí amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadeceos de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que lllore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 10

DÍA DÉCIMO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las

injurias y ultrajes que de continuo estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

La sangre de Jesús sirve de salvación a quien se vale de ella, y de condenación a quien la desprecia.

- I. Jesús derramó su Sangre para la salvación de todos; sin embargo, el santo anciano Simeón predijo que ella habría de servir de salud para muchos y de ruina para otros; y que ello sucedería cuando el alma de la Madre divina fuera traspasada por la espada del dolor (San Lucas, II, 34, 35). En el calvario María fue por esta atravesada, mientras Jesús derramaba su Sangre en la cruz. Por tanto Jesús crucificado servirá de salvación a quien quiera aprovecharse de la efusión de su Sangre, y servirá de ruina a quien rehúse valerse de ella.
- II. Un ladrón crucificado junto a Jesús, despreció obstinadamente su Sangre, y se condenó. Judas traicionó esta Sangre, y desesperado se quitó la vida ahorcándose. Los judíos al pedir la muerte de Jesús, gritaron: “Caiga su Sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos (San Mateo, XXVII, 25)”; y he aquí que pocos años más tarde, el mal que habían imprecado, descendió sobre sus cabezas. Pues muchísimos de ellos fueron muertos, otros hechos cautivos y Jerusalén totalmente destruida, como el mismo Jesús lo había anunciado (San Lucas, XIX, 44). ¡Qué tremendos castigos tiene Dios aparejados a los conculcadores de su Sangre!
- III. Si en el tiempo pasado hemos despreciado la Sangre de Jesús, haciéndonos sordos a las divinas inspiraciones, viviendo obstinados en la culpa, y no cooperando a las gracias que Dios nos ha dado; no suceda así en lo futuro, para no atraer sobre nosotros la más terrible venganza del cielo. La voz de la Preciosa Sangre sirve de misericordia a quien la escucha, pero de condenación a quien la desprecia.

Ejemplo: San Francisco de Borja, llamado al lecho de un moribundo que pertinazmente rehusaba confesarse, con el crucifijo en una mano y palabras de fuego en los labios, hizo poderíos para hacerlo arrepentirse. Más despreciando aquel impío las palabras de Francisco, el crucifijo comenzó a gotear viva Sangre de sus llagas, y con amorosos acentos, dijo: “Mira cuánto he padecido y cuánta Sangre he derramado por ti: ¿por qué, entonces, no te entregas? Ah! Confíesate arrepentido, que te perdono”. Pero aún a vista de tan gran prodigio, permaneció aquél siempre obstinado, y Jesús desclavo una mano y llenándola de Sangre, la arrojó al rostro del pérfido, diciéndole: “Si no la quieres para salvarte, sírvate de condenación”. El desgraciado, blasfemando, murió presa de la más aterradora desesperación (Colección de las Obras del Santo, y su vida, por su sobrino nieto, Francisco Borja). ¡Terrible ejemplo para quien deprecia las divinas gracias que Jesús nos ha merecido con la efusión de su Sangre!

Se medita y se pide lo que se desea conseguir.

Obsequio. Haced el acto de contrición con el firme propósito de valeros siempre de la Sangre Preciosa.

JACULATORIA

Haced que sea,
Caro Señor,
La Sangre vuestra
Mi salvación.

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

¡Qué locura, oh Señor, ha sido hasta ahora la mía de resistir a vuestras gracias! Me habéis ofrecido el perdón y yo lo he rehusado; me habéis extendido vuestros brazos para apretarme al seno, y yo os he vuelto las espaldas y me he escapado; me habéis mostrado la Sangre derramada para salvarme, y yo la he pisoteado cometiendo nuevos pecados! ¡Desgraciado de mí, que no merezco más perdón! Pero ¡eh! Por esta misma Sangre, no me rechacéis, ahora que arrepentido me vuelvo a vos, Sangre Preciosa, con vuestra voz omnipotente, perorad en favor mío; ya que en lo futuro no sólo no quiero jamás pisotearos, sino vivir siempre como vuestro verdadero amante.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadeceos de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que lllore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 11

DÍA DECIMOPRIMERO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema

misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que de continuo estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

Para gozar de los saludables frutos de la Sangre de Jesús se requiere nuestra cooperación

- El árbol que no produce fruto, será arrancado y echado al fuego: y el cristiano que no hace buenas obras, será arrojado al infierno. Por esto dice San Pedro: vivid santamente, acordándoos que habéis sido redimidos con la Sangre Preciosa: porque no se puede participar de la redención que esta Sangre nos ha dado, sin nuestra cooperación. Si Dios nos ha creado sin mérito nuestro, no quiere decir que sin méritos nos salvemos.
- Dios abrió un camino en el Mar Rojo (figura de la Sangre de Jesús) para librar de sus enemigos a los hebreos; pero fue necesario que estos anduvieran sobre él, para obtener su salvación. Además para que fueran curados de las mordeduras de las serpientes venenosas con que Dios los castigaba, no fue bastante que Moisés, según el mandato divino, alzase la serpiente de bronce (figura de Jesús alzado en la cruz), sino que hubo necesidad de que fijaran la vista en ella. Así también nosotros, para aprovechar de la salvación que nos ha procurado la Preciosa Sangre, hemos de concurrir con buenas obras.
- Jesús, subiendo al calvario, quiso ser ayudado del Cireneo a llevar la cruz, para darnos a conocer, dice San Alfonso, que no basta su Sangre sin nuestra cooperación. El hizo cuanto era necesario para satisfacer a la divina justicia, derramando su propia Sangre; pero como no quiere salvarnos a la fuerza, debemos cooperar también nosotros a nuestra salvación. Los santos en el cielo no solo visten túnicas lavadas en la Sangre de Jesús, sino que también en sus manos llevan palmas, en señal de haber combatido ellos también. Cooperemos, pues, a la Sangre divina, y nos salvaremos.

Ejemplo: La sierva de Dios, Clara de Bugni, después de mucho rezar por la salvación de las almas, presa de gran fervor, empezó a decir: "En remisión de mis pecados, ¡Oh Jesús! Dame tu Sangre" y luego vio delante una ampollita con la Sangre Preciosa; y Jesús, apareciéndosele, le mostró las llagas de donde había brotado. Para participar de la Preciosa Sangre, se acercaba a menudo a la comunión; pero un día, no atreviéndose a comulgar por humildad, se le apareció Jesús en la cruz y la animó a recibirlo sacramentado. Habiendo vivido siempre devota de la Preciosa Sangre y ejercitada en todas las buenas obras, murió asistida de Jesús y de María, y a su muerte desapareció aquella Sangre Preciosa. Imitemos a esta sierva de Dios en la verdadera devoción a la Sangre de Jesús, que consiste en amarlo y hacer el bien, y así nos salvaremos también nosotros.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir.

Obsequio: Al salir y entrar en casa, decid: Sea siempre bendecido y alabado Jesús, que con su Sangre nos ha salvado.

JACULATORIA

Sangre Preciosa
De mi Señor,
Yo quiero amarte
Con sumo ardor.

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

¡Oh Jesús mío! Habéis cumplido cuanto se requería para mi salvación eterna, derramando vuestra Sangre hasta la última gota; ¿y yo nada haré por salvarme? ¡Querría el paraíso, sin hacer buenas obras; la recompensa, sin el trabajo; la corona, sin el combate, ni la victoria! ¡Loco de mí! ¿Dónde estaría entonces la justicia? Jesús mío, ya que tanto habéis padecido y derramado tanta Sangre por mi salvación, quiero yo también procurármela con mis buenas obras, ayudado de la gracia que vuestra Sangre me ha obtenido.

ORACIÓN FINAL

¡Oh Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadeceos de mí, misericordia y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concededme benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que lllore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he

correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingraticudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadeceos de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que lllore mis repetidas ingraticudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 12

DÍA DECIMOSEGUNDO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que de continuo estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

La Sangre de Jesús se aplica al alma por medio de los Sacramentos

- Entre mil necesidades espirituales, nace y vive el hombre sobre la tierra: y el buen Jesús se ha preocupado de proveernos de todo, instituyendo los Sacramentos. El Bautismo borra el pecado original en que nacemos; la Confirmación nos da fuerza para combatir a nuestros enemigos espirituales; la Comunión fortifica nuestra fragilidad; la Confesión nos perdona los pecados; la Extremaunción nos socorre a la hora de la muerte; el Sagrado Orden hace a los sacerdotes, que son los mediadores entre Dios y el hombre; y el Matrimonio aporta gracia para cumplir los deberes de tal estado. ¡Oh, qué grandes bienes nos traen los Sacramentos!

- Si los Sacramentos tienen virtud para producir tanto bien, lo deben a la Preciosa Sangre. Jesús, para santificar a su pueblo, dice San Pablo, derramó toda su Sangre, muriendo en la cruz. Esta santificación se nos comunica mediante los Sacramentos. Por tanto, los Sacramentos obran en nosotros en virtud de la Sangre de Cristo, y sus frutos se aplican a nosotros por medio de los Sacramentos.

- Santa Teresa, después de acercarse un día a los Sacramentos, oyó a Jesús, que decía: He vertido la Sangre con gran dolor y tú gozas de ella con gran placer. Realmente es así. Jesús derramó su Sangre en medio de los más atroces dolores, y nosotros sin ningún trabajo gozamos de sus frutos en los Sacramentos. ¡Ay de quien no aproveche tan grande don: sólo será causa de su perdición!

Ejemplo: Habiendo tomado los moros la fortaleza de Mamore, se apoderaron de muchas sagradas imágenes, entre ellas una de Jesús Nazareno. Dichas imágenes rescatadas por los Trinitarios, fueron enviadas a diversos príncipes que las pidieron, siendo la del Nazareno llevada a Madrid, donde dispensó muchas gracias, entre ellas la conversión de un pecador obstinado. Hallándose éste próximo a morir, rehusaba los Sacramentos; más apenas pasó por delante de su casa la procesión con la bendita imagen, pidió confesor, diciendo: Se me ha aparecido Jesús Nazareno y me ha dicho: Hijo, ¿por qué no quieres lavarte en la Sangre que derramé para tu bien? Por esto muy compungido, se confesó. A nosotros también, oh fieles, el Señor Nazareno nos muestra su Sangre y nos invita a lavarnos con ella en los Sacramentos. Seamos, pues, dóciles para corresponder a sus amorosas invitaciones, acercándonos a menudo a los Sacramentos.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir

Obsequio: Haced el examen de conciencia y un firme propósito de enmendaros de los vicios o defectos en que soléis caer.

JACULATORIA

Con Sangre Tuya
Caro Señor,
Rellena y colma
Mi corazón.

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

Piadosísimo Jesús mío, ¿qué mas podáis hacer por salvarnos? Por mí habéis bajado del cielo y os habéis revestido de mi misma carne; por mí os habéis sacrificado en la cruz; y por mí habéis derramado hasta la última gota vuestra Preciosísima Sangre. Como si esto fuera poco, habéis querido instituir los Sacramentos, mediante los cuales, por los méritos de vuestra Sangre, se comunican a las almas las gracias más especiales, para que puedan salvarse. ¡Y sin embargo yo no

me acerco, o lo hago con frialdad, a estas fuentes de dones celestiales! ¡Qué grande ceguera la mía! Pero ahora propongo firmemente reparar tan grave error, recibiendo a menudo y con las debidas disposiciones los Sacramentos; a fin de que enriquecido con las gracias que me comunican pueda felizmente alcanzar mi eterna salvación. Mientras tanto, oh Sangre Preciosísima, os rindo las más vivas gracias, y prometo el más grato reconocimiento por los sumos bienes que, vos mediante, se nos comunican al recibir los Sacramentos.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadeceos de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que lllore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 13

DÍA DECIMOTERCERO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que de continuo estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

La Sangre de Jesús nos enriquece de gracias en el Bautismo

I. Jesús quiso humillarse haciéndose bautizar por San Juan; y hecho esto, se rasgaron los cielos, el Espíritu Santo descendió sobre él en figura de paloma y se oyó una voz que decía: *Este es mi hijo amado (San Mateo III,16,17)*. Tal sucede en el sacramento del bautismo. Borrada la culpa original en el bautizado, se le abre el paraíso, que por la misma se le había cerrado; arrojado de aquella alma el demonio, desciende a ella el Espíritu Santo; la cual adornada con su gracia, es adoptada de Dios por hija. Alma mía ¿qué favores son estos? ¿y tú no lo tomas en cuenta? ¿y no amarás la Sangre de Jesús que te mereció tan grandes bienes?

II. Herido el Corazón de Jesús, vertió Sangre y Agua, y entonces fue cuando aquella Sangre comunicó al Agua el poder de obrar en el bautismo tan admirables efectos, *como nos lo asegura Santo Tomás (Romanos VI,3,4)*. ¿No sabéis acaso, dice *San Pablo*, que quién se bautiza, es bautizado en la muerte de Cristo? «Por la Sangre de Jesús, añaden *san Buenaventura y San Agustín*, en el bautismo el alma es libertada de la esclavitud del demonio y bañada con esa Sangre queda limpia y cándida» (Somos sacados de la esclavitud del diablo por su Sangre en el bautismo. *San Buenaventura Los diez mandamientos, sermón II. Con aquella Sangre te harás cándida. San Agustín. De per. 4, o. cult. Agr. Dom. c. 4.*) En efecto, las gracias que se nos comunican en el bautismo son fruto de la Preciosa Sangre. ¡Oh Sangre divina, os tributo las más rendidas gracias por tamaños favores! Si otra cosa no puedo hacer, al menos prometo honraros siempre, hasta el último aliento de mi vida.

III. El sacerdote, poniendo sobre el bautizado un blanco lienzo, dice: «Recibe esta cándida túnica; para que conservándote limpio como ella, puedas en el juicio divino, obtener la sentencia de eterno premio». Pero, ¡oh dolor! con el pecado hemos manchado la hermosa estola de la inocencia, arrojando de nosotros al Espíritu Santo y de hijos de Dios, nos hemos convertido en esclavos de Satanás ¿Qué otra cosa podemos esperar, sino terrible condenación? Ah, si queremos librarnos de ella, lavémonos con nuestras lágrimas y con la penitencia valorizada con los méritos de la Sangre de Jesús, recuperemos la gracia de Dios y de esta manera volveremos a adquirir la celestial herencia, que habíamos perdido por el maldito pecado.

Ejemplo: La beata Catalina de Raconigi, dominicana, se abrazó a la cruz desde pequeña, a fin de conservar la gracia adquirida en el bautismo, poniendo toda su confianza en la Sangre divina. Un día que estaba rezando ante la imagen de San Pedro, mártir, este se le apareció con un cáliz en la mano, y le dijo: «bebe, que está lleno de la Preciosa Sangre» y apenas gustó de aquella Sangre, se le apareció Jesús cargado con la cruz y la animó a padecer. Tentada a no creer en la Presencia Real de Jesús en el Santísimo Sacramento, rechazó la tentación y mereció ver en el aire al Niño Jesús, que de sus cinco llagas derramaba Sangre en un cáliz. Con el pasar de los años, crecieron también las tentaciones, al extremo de aparecersele visiblemente el demonio e incitarla a la desesperación asegurándole que estaba condenada, mas ella lo venció diciendo: «Jesús mío, espero en Vos, que me habéis rescatado con vuestra Sangre». Fue calumniada, perseguida, atribulada, sufriendolo todo con constancia, hasta el punto de la muerte, y entonces su alma del todo hermosa y adornada con la inocencia bautismal se voló al cielo (Marchese, Diario dominicano. Vida de la Beata. 4 de septiembre). Si hasta ahora hemos vivido tan diversamente de esta beata, si el pecado nos ha hecho perder los dones recibidos en el santo bautismo, animados de confianza en la divina Sangre,

lavémonos con ella en el segundo bautismo, que es la confesión, y la Sangre Preciosa nos volverá a dar la gracia santificante y nos hará participantes de la gloria eterna en su bienaventurado reino. Obsequio: Apenas os levantéis y antes de acostaros, pedid de rodillas la bendición a Jesús crucificado.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir.

JACULATORIA

Tú me volviste

El cielo amigo:

Sangre Preciosa

Yo te bendigo

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

Misericordioso Jesús, mucho habéis padecido al derramar vuestra Sangre, para aparejarme en ella el medio con el cual por el santo bautismo, fuera borrada en mi la culpa, embellecida el alma con la estola de la inocencia y ¡Hecha heredera del paraíso! Pero ¡Ay de mí! Que por tantos pecados cometidos después he perdido la inocencia y el paraíso. ¿No habrá tal vez remedio alguno para mi desventura? ¡Oh Sangre Preciosísima cuanto agradecimiento os debo! ¡Todo lo habéis remediado! Con la penitencia por vos enriquecida, puedo yo volver a la gracia de Dios y recuperar la herencia del cielo. Sed por ello mil veces bendecida, y en agradecimiento de tan gran beneficio, os prometo sincero amor y fiel esclavitud hasta la muerte.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí

amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadeceos de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que llore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 14 DÍA DECIMOCUARTO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que de continuo estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

La Sangre de Jesús suministra fuerza espiritual en la confirmación

I. Estando los apóstoles entregados a la oración el día de Pentecostés, oyeron de repente un gran ruido, semejante a un trueno y huracán; y en medio de tal torbellino, vieron resplandecer lenguas de fuego, las cuales, posándose sobre sus cabezas, los llenaron del Espíritu Santo. Este les comunicó tanta fortaleza, que predicaron la fe a costa de tormentos y la muerte, y tanta sabiduría que pudieron vencer a los enemigos de la verdad y de la justicia. Lo mismo se verifica de un modo invisible en el sacramento de la confirmación. En el se recibe realmente al Espíritu Santo, que infunde la gracia de confesar la fe y vencer las acechanzas de nuestros enemigos espirituales (San Alfonso, Teología moral. De la confirmación num. 169). ¡Oh dones verdaderamente inefables! Por esto debemos rendir siempre honor y gloria a la Preciosa Sangre que nos los ha reportado.

II. La preciosa Sangre nos ha obtenido el Espíritu Santo con sus dones en la confirmación. Como que por ella hemos sido reconciliados con Dios y por ella el Espíritu de Dios se comunica a nosotros, *como observa San Juan Crisóstomo (S. Juan VIII,3 9; San Juan Crisóstomo, homilía I de pentecostés, u homilía 50 sobre San Juan)*. En efecto, antes de que Jesús la derramase, el Espíritu Santo no bajó a la tierra; lo que es señal evidente de que su venida es fruto de la Sangre Preciosa (Para que se supiera que este don del Espíritu Santo es fruto de la pasión de Cristo. A. Lapide, comentario sobre San Juan VIII,39). Muy justo es, entonces, que amemos a esta Sangre tan benéfica para con nosotros.

III. ¿Qué caso hemos hecho hasta ahora de la gracia del Espíritu Santo? ¡Gran Dios! Cuántas veces no hemos tenido reparo en perderla para desahogar viles pasiones; otras veces por miedo de ser despreciados, nos hemos avergonzado hasta de mostrarnos católicos y hemos consentido discursos

contrarios a la religión y a la virtud, u omitido hacer el bien. Ea, no seamos en adelante tan ingratos para con la Preciosa Sangre, no entristezcamos más al Espíritu Santo, que a tan caro precio Jesús nos ha deparado.

Ejemplo: La beata Margarita María de Alacoque, siendo jovencita, al despojarse de sus atavíos, vio a Jesús herido y ensangrentado, que le dijo: «ingrata, mira como me has puesto con tus vanidades». Lloró ella a tal vista y tales palabras, pero ni aún así logró ella desasir su corazón de aquellas fruslerías, ni vencer el respeto humano que contra su voluntad hacia recibir visitas, y pagarlas, con desmedro de su espíritu. Finalmente se decidió a entregarse a Dios; y recibida la confirmación, con la gracia en ella dada, venció los obstáculos que durante dos años le había opuesto el mundo, y se hizo religiosa. En tiempo de carnaval, se le apareció Jesús cubierto de heridas, cargando con la cruz y manando Sangre que le corría por todos lados, y adolorido le dijo: «¿No habrá nadie que tenga piedad de mí y se compadezca de mi dolor? He aquí el lamentable estado a que me reducen en este tiempo los pecadores». Otra vez que se le apareció la invitó a plantar en su corazón la cruz que él, destilando Sangre, llevaba sobre la espalda. Y ella abrazándose de la cruz, sostuvo la áspera guerra que el mundo, el demonio y la carne le hicieron hasta su muerte. Después de la cual voló al cielo, a recibir la corona merecida por sus victorias (Languet, Vida de la Beata. Traducida del francés). Alma cristiana, imita a esta santa, soportando las cruces y venciendo el respeto humano y ganarás el cielo. No hay que desanimarse: Jesús que te ha dado además de su Sangre, también el Espíritu Santo, no te dejará sucumbir con tal que cooperes a su gracia.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir.

Obsequio: Vencer todo respeto humano al practicar el bien.

JACULATORIA

Por tanta Sangre,
Rey de la gloria,
Del mundo dame
Lograr victoria.

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

Es verdad, Jesús mío, que terribles enemigos me combaten a fin de hacerme perder vuestra gracia; pero también es verdad que son mayores los auxilios que me habéis procurado por los méritos de vuestra Sangre. Habéis llegado hasta a darme el Espíritu Santo en el sacramento de la confirmación; comportado con el cual, habría podido yo siempre triunfar de mis enemigos, y sin embargo ¡Cuántas veces me he dejado vencer de ellos, por no haberme aprovechado de la gracia que entonces me fue dada! ¿Qué desprecio no ha sido este para vuestra Sangre, que me lo ha obtenido? Confieso mi error ¡oh Jesús mío!, y en adelante propongo valerme siempre de tan

excelso don: resistiré a mis enemigos espirituales con la ayuda de la gracia que me ha dado el Espíritu Santo.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadeceos de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que lllore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 15

DÍA DECIMOQUINTO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que de continuo estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

La Sangre de Jesús se nos da de bebida en la comunión.

I. Al mismo tiempo que los hombres trataban de prender a Jesús para condenarlo a muerte, éste, abrasado de amor, nos daba en la última cena su cuerpo y Sangre con la Eucaristía. Bien preveía que algunos lo recibirían sacrílegamente, que otros despreciarían y aún herirían la hostia consagrada, y otros negarían su presencia real en ella; y sin embargo no se abstuvo de quedarse en el Santísimo Sacramento por amor nuestro. ¡Y tantos dejan pasar días enteros y aun semanas, sin visitar a Jesús sacramentado! Alma devota, al menos tú ven con frecuencia a hacer compañía al amante Señor, que día y noche está encerrado en el tabernáculo por nuestro amor.

II. La sierva de Dios, Dominga del Paraíso, pequeña todavía, pedía la gracia de poder comulgar, y Jesús para consolarla, le destiló en la lengua una gota de su Sangre (Marchese, Diario Dominicano, Vida de la Sierva de Dios, 5 de agosto). A nosotros, el amante Señor nos quiere dar no solamente su Sangre en bebida, sino también su cuerpo en comida, y nos invita, diciendo: Venid, comed mi pan, bebed el vino que os he preparado (Proverbios, IX, 5); y sin embargo ¡cuán pocos se acercan a esta mesa celestial! La mayor parte de los cristianos, por un vil respeto humano, para evitar una pequeña molestia, o por otra frívola causa, omiten comulgar; y muchos, por no dejar el pecado, dejan la comunión, y se contentan con estar unidos al demonio y no a Dios, ¡que execrable iniquidad!, ¡qué monstruosa ingratitud! Ea, siquiera nosotros comulguemos a menudo, contentemos a Jesús, que declara hallar sus delicias en estar con los hijos de los hombres (Proverbios, VIII, 31).

III. La planta que no es regada, se seca; y el alma que no es alimentada por la Sangre Preciosa, se pierde (San Juan, VI, 54). Pues esta Sangre divina, recibida en la comunión, borra los defectos que se cometen por fragilidad, preserva de caer en culpas mortales, da la victoria contra los enemigos espirituales (Mediante la Sangre de Cristo bebida, se vencen los enemigos espirituales... La Sangre de Cristo destruye el ardor de la concupiscencia y de la ira. San Buenaventura, de Eucar. Sermón 30), y haciéndonos vivir santamente, nos conduce al paraíso. Por tanto, si queremos salvarnos con seguridad, debemos embriagarnos con la Sangre Preciosa, recibéndola a menudo, con pureza de corazón; en la Santa Comunión.

Ejemplo:

Santa Liduvina, siendo hermosa, aunque pobre, fue pedida para esposa por un hombre rico. Más ella, deseando pertenecer a Jesús y no a los hombres, rogó al Señor que la librara de aquel paso; y lo obtuvo mediante una enfermedad que la volvió pálida y macilenta. Todavía más, apenas curada de esa, le sobrevino otra enfermedad que la convirtió en una asquerosa llaga de pies a cabeza. Exhortada por un sacerdote a meditar en Jesús crucificado para animarla a sufrir con paciencia, respondió que no podía hacerlo por agudeza de sus dolores. Entonces llevóle aquél la santa comunión, la cual, apenas recibida por la sierva de Dios, le infundió tal afecto hacia la divina pasión, que desde entonces ella no supo hacer otra cosa que meditarla con la más tierna compasión. Jesús para encender todavía más tal devoción en ella, la llevó a ver los santos lugares, donde él derramó por nosotros su Sangre Preciosa, la dio a besar sus divinas llagas, y se le apareció crucificado, derramando Sangre, en medio de una partícula de luz.

Su padre al ver que salía una gran claridad de la habitación donde ella estaba enferma; entró, y atónito ante tal prodigio llamó a los demás y mandó en busca del párroco; llegado el cual, tomó aquella milagrosa partícula y la consumió. Continuando aquella en el ejercicio de meditar la pasión de Jesús y comulgando a menudo, venció muchas tentaciones, y sufrió con paciencia, durante treinta

y ocho años, su dolorosa enfermedad, y después voló al cielo (Lorenzo Surio, Historia de los Santos, 14 de Abril, Apendice).

Imita, ánima mía, a esta santa, recibiendo a menudo la Sangre de Jesús en la comunión, y meditando con frecuencia como fue derramada en la pasión, y con tan fácil medio saldrás victoriosa de las tentaciones, obtendrás paciencia para las tribulaciones de esta vida, y la eterna gloria en la otra.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir.

Obsequio. Recibid la comunión lo más pronto que podáis, en honor de la Preciosísima Sangre.

JACULATORIA

Sangre dulcísima
del Redentor,
Riega a menudo
mi corazón

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

¡Oh Jesús mío, que incomprensible es vuestro amor hacia mí! No contento con haber derramado vuestra Sangre para salvarme, me la habéis dejado también como bebida en la comunión! Un Dios viene a unirse a una miserable criatura y a habitar en un alma que tantas veces lo ha ultrajado! ¿Y cómo Jesús mío, podré yo quejarme de mi debilidad y de las fuerzas de mis tentaciones, si vos, que sois la omnipotencia y la fuerza misma, estáis pronto a venir a mí cada vez que yo quiera comulgar? ¡Oh Sangre Preciosísima, vida, sostén y victoria mía, quiero recibiros a menudo en mi corazón; porque unido a vos triunfaré ciertamente de toda tentación y me conservaré siempre en vuestra gracia.

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

¡Oh Jesús mío, que incomprensible es vuestro amor hacia mí! No contento con haber derramado vuestra Sangre para salvarme, me la habéis dejado también como bebida en la comunión! Un Dios viene a unirse a una miserable criatura y a habitar en un alma que tantas veces lo ha ultrajado! ¿Y cómo Jesús mío, podré yo quejarme de mi debilidad y de las fuerzas de mis tentaciones, si vos, que sois la omnipotencia y la fuerza misma, estáis pronto a venir a mí cada vez que yo quiera comulgar?

¡Oh Sangre Preciosísima, vida, sostén y victoria mía, quiero recibiros a menudo en mi corazón; porque unido a vos triunfaré ciertamente de toda tentación y me conservaré siempre en vuestra gracia.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadeceos de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que lllore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 16

DÍA DECIMOSEXTO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que de continuo estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

La Sangre de Jesús se ofrece para nuestro bien en la santa Misa

I. Dios es nuestro Creador, y todo lo que tenemos es don suyo; por esto le debemos sumo honor e infinitas gracias. Además, habiéndolo ofendido, debemos aplacarlo. Como miserables que somos, necesitamos que continuamente nos provea de lo necesario. Pero nosotros, vilísimas criaturas, somos incapaces de honrar y agradecer a Dios como conviene, de satisfacer a su justicia y de merecer de su bondad nuevos favores. ¿Quién, entonces, suplirá nuestra insuficiencia? Jesús misericordiosamente lo ha suplido todo inmolándose por nosotros en la cruz y derramando en ella su Preciosa Sangre. Con esta Sangre podemos rendir a Dios lo que le debemos, e impetrar de Él lo que necesitamos. ¿Y habrá alguien que no se abraza de amor hacia esta Sangre?

II. Los mismos bienes que hemos recibido por el sacrificio de la cruz, los recibimos por el sacrificio del altar, siendo éste el igual a aquél, aunque incruento. Pues en la santa Misa el mismo Jesús es la víctima y el principal sacerdote, y Él, como nos lo asegura San Lorenzo Justiniano, habla al eterno Padre, le muestra sus llagas y le ofrece su Sangre por nosotros. (El mismo redentor clama al Padre, mostrándole las cicatrices de su cuerpo. San Lorenzo Justiniano, Sermón de Eucaristía.) "Y el Padre aplacado, concediendo la gracia y el don de la penitencia, perdona los pecados y los delitos, por graves que sean; y sirve también para cualquier otra necesidad, y aún para la remisión de la pena a los vivos y a los muertos (Tridentino, Sesión 22, Del Sacrificio de la Misa, cap. 2).

III. Si fue perfidia grande la de los judíos, que insultaron a Jesús cuando herido y ensangrentado estaba pendiente de la cruz; mayor perfidia es la nuestra, pues creyendo en Jesús, sin embargo oímos con irreverencia la santa Misa. ¡Jesús se sacrifica en ella por nosotros; y nosotros, en vez de asistir a ella recogidos y devotos, nos atrevemos a conversar, mirar a todos lados y pensar en cosas inoportunas en aquel momento! ¡Qué grande impiedad, digna del más severo castigo! Si queremos participar de los beneficios de la Sangre divina, oigamos la Misa con devoción.

Ejemplo: Mientras un sacerdote que padecía de dudas acerca de cómo la substancia del pan se convierte en el cuerpo y la Sangre de Jesús, celebraba la Misa el día de Pascua en Santa María en Vado de Ferrara, durante la elevación de la hostia, fue visto en ella por todos los presentes un hermoso niño; y al momento de romper el sacerdote las sagradas especies, de la quebradura brotó viva Sangre que, saliendo con ímpetu, fue a salpicar la bóveda de aquella capilla; quedando todos poseídos de sacro terror, y movidos a asistir a la Misa con reverencia (Benedicto XIV, Beatificación y Canonización de los Santos, libro IV, parte II, cap. último, N° 7). Estimule un gran prodigio también a nosotros a oír la Misa con devoción, a fin de que sea para nosotros fuente de todo bien espiritual y también corporal.

(Se medita y se pide lo que se desea conseguir).

Obsequio. Oíd devotamente una Misa, en descuento de vuestros pecados.

JACULATORIA

Por tu Sangre,

Gran Señor,

Dame gracias,

Dame amor.

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

Muchas son las necesidades de alma y cuerpo, y muchos los deberes que tengo para con mi Criador; y vos, mi buen Jesús, todo lo habéis suplido, no solo sacrificándoos por mí en la cruz, sino renovando cada día aquel mismo sacrificio sobre nuestros altares! ¿Y yo tan raras veces, y sin la debida devoción y reverencia, asisto a la santa Misa? ¿Pero de esa manera, cómo rendiré a Dios el honor que merece y las gracias debidas por los beneficios recibidos? ¿Cómo impetraré de Él perdón de mis pecados y socorro en mis necesidades? ¡Ah! De ahora en adelante, oh Señor, quiero asistir a la santa Misa, no como los judíos en el calvario, sino como el discípulo amado y la Magdalena, a fin de gozar los frutos de vuestra Sangre que el sacerdote ofrece sobre el altar.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadecedme de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que llore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la

presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 17

DÍA DIECISIETE



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que de continuo estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de

infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

La Sangre de Jesús lava los pecados en la Confesión

I. Previendo Jesús que el hombre se habría perdido, cometiendo pecados después del Bautismo, instituyó el Sacramento de la Confesión para lavarnos y librarnos de la pena merecida. Pero ¿quién da a este Sacramento la virtud de borrar las manchas que empañan el alma? La Sangre de Jesús, responde Santo Tomás (Parte III, cuestión 86, artículo 6.). La Sangre de Jesús verdaderamente "Nos lava de todos los pecados, si nos confesamos", dice el apóstol San Juan (I, San Juan, I, 7, 9); y San Pablo agrega: "La Preciosísima Sangre de Cristo limpia nuestras conciencias de las obras pecaminosas" (Hebreos, IX, 14). Por esto no nos dejemos vencer jamás de la malhadada vergüenza; antes bien confesemos toda culpa, por grave y vergonzosa que sea, a fin de que quede borrada por medio de la Sangre Preciosa.

II. Jesús derramó toda su Sangre para destruir el pecado y salvar al pecador, como que tiene sumo horror contra la culpa e inmenso amor hacia el hombre. Encendidos también nosotros de odio al pecado y de amor a Jesús, debemos acercarnos al Sacramento de la Penitencia, con arrepentimiento de haber ofendido a Dios y propósito de no ultrajarlo más, si queremos ser justificados por la Sangre Divina. Quien se confesara sin dolor, o sin propósito de no volver a pecar, en vez de justificarse, se haría reo de mayor pecado.

III. Los antiguos reyes de Egipto mataban a sus súbditos, para prepararse un baño con su sangre a fin de librarse de la lepra (Segneri, El Cristiano Instruido, Parte III r. 23, n. 21.). Por el contrario, Jesús con Su Sangre Divina nos ha preparado un baño a nosotros para limpiarnos de la lepra del pecado (Lavó nuestros pecados con su Sangre, Apocalipsis I, 5). Pues como nos enseña San Leonardo de Puerto Mauricio, "Cuando el sacerdote alza el brazo para absolvernos, derrama sobre nuestra cabeza la Preciosísima Sangre" (Manual Sagrado, p. I, n. 18.), mediante la cual borra en nosotros la culpa. Y el doctor San Francisco de Sales, agrega: "Delante del Padre espiritual imaginaos hallaros en el Calvario, a los pies del Crucificado, cuya Sangre Preciosa destila de todas partes, para lavar vuestras iniquidades: porque el mérito de aquella Sangre inunda copiosamente a los penitentes en derredor de los confesionarios" (Introducción a la vida devota, Parte I, capítulo 19). ¡Y sin embargo hay tantos que, en vez de lavarse en ella, viven semanas y meses con el pecado en el alma! ¡Infelices! ¡Si la muerte les sorprendiera en tal estado, se condenarían sin remedio! No seamos nosotros tan insensatos; sino al contrario, confesémonos a menudo y bien para no exponernos a tamaño destino.

Ejemplo: Era el año 1895. Un sacerdote llamado a confesar a un enfermo en Roma, oyó que éste le decía: Padre, sea bendita para siempre la Sangre Preciosísima de Jesús: ella ha sido siempre mi

salvación. He tenido una cierta devoción hacia ella desde mis tiernos años, y aunque siendo joven me inscribí en la masonería y luego renegué de todo principio religioso; he mantenido siempre esta querida devoción. En 1848 fui a la guerra de Lombardía, y en la noche, estando fatigado de los combates del día y a pesar de ser motejado por mis compañeros, nunca me entregaba al reposo sin haber tributado algún homenaje a la Sangre Preciosa; y esta devoción me libró cien veces de la muerte. Como que yo veía frecuentemente, a diestra y siniestra, caer muertos mis compañeros, mientras yo permanecía ileso. Y ahora esta devoción me ha compungido el corazón, y por esto quiero hacer una buena confesión; esta Sangre borraré de mi alma los enormes pecados que la deforman. Y no solo se confesó, sino que también recibió la santa Comunión con admirable devoción (Tal me fue narrado por un digno sacerdote, al cual sucedió el hecho). ¡Oh saludable efecto y gracia especial que la devoción a la Preciosísima Sangre obró en tan gran pecador!

Se medita y se pide lo que se desea conseguir

I.

Obsequio: Si estáis en pecado, confesaos inmediatamente, o al menos haced un acto de contrición con propósitos de confesaros lo más pronto que podáis.

JACULATORIA
Por la divina Sangre Señor,
perdona.
Y a quienes te ofendieron,
Tu gracia dona.

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

Amado Salvador mío, no solo habéis querido satisfacer por mis pecados, derramando vuestra Sangre en los tormentos, sino que con esta misma Sangre me habéis aparejado un baño saludable, lavándome mediante el Sacramento de la Confesión, quedo limpio de toda culpa. ¿Qué habría sido de mí, si vos no hubierais instituido este Sacramento? De nada me habría servido la redención, consumada por vos con vuestra muerte y efusión de Sangre; pues, habiendo pecado yo después del Bautismo, no habría tenido un medio tan eficaz para purificarme de las faltas cometidas, y por tanto me había perdido eternamente. ¡Oh Sangre Preciosísima, baño saludable de nuestras almas, en vos quiero a menudo lavarme, confesándome con las debidas disposiciones; a fin de que, teniendo el alma limpia de pecado, pueda entrar al reino celestial, adonde no es admitido el que está manchado de cualquiera culpa.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he

correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadeceos de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que llore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 18

DÍA DECIMOCTAVO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que de continuo estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

La Sangre de Jesús socorre a los moribundos en la Extremaunción

I. Grandes son los dolores y angustias del hombre en su última enfermedad, y a ello se agrega que el demonio, lleno de ira, lo asalta horriblemente con las más vigorosas tentaciones. ¡Pobre moribundo! ¿quién lo socorrerá en tamaño peligro? La Sangre de Jesús siempre ha hecho ganar victoria sobre el infierno (Lo convencieron en virtud de la Sangre del Cordero, Apocalipsis, XII, 11), y la misma Sangre, por medio del óleo sagrado, dará al moribundo fuerza para triunfar en aquella extrema lucha. Además, este Sacramento ayuda a soportar los dolores de la enfermedad: y así el hombre venciendo aquella postrera tribulación, con bañarse en la Sangre de Jesús, podrá obtener el santo paraíso (Llegaron en una gran tribulación y lavaron sus estolas en la Sangre del Cordero, Apocalipsis, VII, 14.)

II. Apenas muertos, debemos presentarnos al tribunal divino para ser juzgados por aquel Dios ante cuyo acatamiento ini aún los cielos son puros! Ahora bien, el Sacramento de la Extrema Unción borra las reliquias de los pecados; y perdona, al menos en parte, la pena temporal merecida por nuestras culpas (San Alfonso. Teología moral, De la Extrema Unción, N.º 731). Aún más, perdona cualquiera otra culpa olvidada al moribundo arrepentido (Tridentino, sesión 14, De la Extrema Unción, cap. 11); a fin de que su alma toda pura y hermosa comparezca al tribunal divino. "Sin efusión de sangre, no hay remisión de culpa" dice San Pablo (Hebreos, IX, 22). Por consiguiente, la virtud que tiene el óleo santo, se debe a la Sangre del Cordero Inmaculado. ¡Oh gracias singulares que mediante la Preciosa Sangre, recibimos no sólo en la vida, sino también en la muerte!

III. La beata María Oigniacense, asistiendo a los enfermos, cuando éstos recibían la Extrema Unción, veía venir a Jesús rodeado de ángeles, que, echando a los demonios, se acercaba a los moribundos, los confortaba y los disponía para el gran paso (Surio, 23 de junio, Vida de la Beata, libro II, cap. III, IV). Si este Sacramento aporta tanto bien, ¿por qué se esperan los últimos momentos para recibirlos? ¡Ea! Apenas nuestra enfermedad nos ponga en peligro de muerte, recibámoslo al punto, para no privarnos más largo tiempo de tan saludables efectos; tanto más cuanto que a veces da también la salud del cuerpo, si ella conviene a la salvación del alma.

Ejemplo: La beata Ángela de Foligno dejaba por vergüenza de confesar sus pecados. Pero después reparó tan grave daño con una buena confesión general. Mientras lloraba un día sus pecados, se le apareció Jesús en la cruz y le dijo que Él había satisfecho por nosotros y que su Sangre es eficazísima medicina para sanar de todo pecado, mediante una buena confesión; siendo, por tanto, inexcusable quien de ella no se vale. Por esto procuró la beata recibir con frecuencia los Sacramentos; quedándose de muy buena gana sin comer, pero nunca de comulgar. Habiendo sido devota y tierna amante de su Dios crucificado, a la muerte, después de recibir la extrema unción, vio aparecerse su querido Jesús, que la lavó con su Sangre Preciosa; por lo cual llena de alegría exclamó: "Mi alma ha sido lavada en la Sangre de Jesús, que estaba tan colorada y caliente, como si entonces hubiera salido de su santísimo cuerpo; y entre tanto se me ha dicho: por ésta has quedado del todo purificada". Por lo cual, toda pura y hermosa, aquella alma se voló al cielo (Vida de la Beata, escrita por un religioso franciscano, Foligno, 1870). Anima cristiana, ama siempre, en el curso de la vida, a la Preciosa Sangre, sé siempre devota de la misma, a fin de que, purificada por ella en la extrema unción, también tú puedas salir de esta vida, toda pura; y compareciendo así ante el divino tribunal, podrás recibir la sentencia de eterno premio.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir

Obsequio: Rezad tres Pater Noster, Ave María y Gloria Patri a la Preciosa Sangre por los pobres agonizantes.

JACULATORIA

Oh Dios, conforta

Con esa Sangre

Los pecadores

Agonizantes.

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

Sangre Preciosísima, no sólo durante el transcurso de la vida, sino también en la muerte me dais gracias especiales por medio de los Sacramentos. En aquel postrero trance, serán grande los dolores de la enfermedad, terribles los asaltos del infierno, riguroso el juicio que habré de soportar apenas muera: y he aquí como Vos, en el Sacramento de la extrema unción, me dais gracia para sufrir las penas del cuerpo, y vencer a los enemigos del alma, y borráis en mí aún las reliquias de los pecados: ¿quién no os amará a la vista de tantos beneficios? Sí, yo os quiero amar y amaros siempre en todos los instantes de mi vida, hasta el último aliento.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadeceos de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que lllore mis repetidas

ingraticudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre
P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 19

DÍA DECIMONOVENO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que de continuo estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

La Sangre de Jesús nos hace beneficio por medio de los sacerdotes

I. Innumerable son los bienes que Dios nos dispensa por medio de los sacerdotes. Este nos hace miembros de la Santa Iglesia con el bautismo, nos instruye en la divina ley con la predicación, nos absuelve de los pecados en la confesión y nos santifica con la administración de los demás sacramentos. Él es quien ruega por nosotros con el rezo del oficio divino, y ofrece por nosotros a Dios un sacrificio de valor infinito con celebrar la Santa Misa. Después de habernos procurado tantos bienes en la vida, no cesa de hacernos beneficios en la muerte, sino que nos asiste hasta el último aliento, acompaña nuestro cadáver al sepulcro y ofrece por nuestra alma oblationes y preces. Suma gratitud debemos, por tanto a la Preciosa Sangre, pues ella nos dio el sacerdocio, fecundo en tan grandes bienes (Esta Sangre hacia los sacerdotes, San Juan Crisóstomo, Homilía 46).

II. Para nuestra redención bastaba una sola gota de la Sangre Preciosa, pero esta gota de Sangre, aún más, toda la que Jesús derramó en la flagelación, coronación de espinas y camino del Calvario, no bastaba para instituir el sacerdocio del Nuevo Testamento; y fue necesario que la derramase toda en la cruz y allí muriese. Puesto que si Jesús no hubiera consumado el sacrificio de su vida, el sacerdote no habría podido ofrecerlo como víctima sobre el altar. ¡He ahí cuánto cuesta a Jesús el sacerdocio instituido para nuestra santificación! ¡Le cuesta el derramamiento de toda su Sangre! Y por lo mismo debemos sumo reconocimiento y amor al Señor crucificado, por una institución tan benéfica y necesaria para nosotros.

III. El sacerdote consagrado por la Preciosa Sangre, ofrece esta Sangre por nosotros en la Misa, nos la dispensa en la comunión, y nos hace gozar sus frutos en los demás sacramentos, por esto, quien honra o desprecia al sacerdote, en él hace honor o agravio a la Sangre Divina. San Antonio, abad, cuando se encontraba a los sacerdotes, se postraba ante ellos; Santa Catalina de Siena besaba la tierra por donde ellos pasaban, y San Francisco de Asís, decía que, encontrándolos juntos, daría preferencia en honrar al sacerdote sobre el ángel. Imitemos a estos santos si no queremos hacernos reos de ingratitud y desprecio para con la Sangre Preciosa.

Ejemplo: Mientras Santo Domingo celebraba Misa en Florencia, fue visto, a semejanza de Jesús, con llagas en las manos, corona de espinas en la cabeza, y la Santísima Virgen a su lado. Al momento de la consagración, se vio aparecer en el aire a Jesús crucificado, de cuyas heridas destilaba viva Sangre que venía a caer sobre la cabeza del sacerdote; para significar que el sacerdote representa a Jesús, y nos comunica el fruto de su Sangre en los sacramentos. Hallándose el santo en Roma, una mala mujer, visitada de un gentilhombre, quiso que la acompañara a cenar. Ahora bien, mientras cenaban, vio gotear de sus manos sangre sobre las viandas y habiéndole preguntado la causa, oyó por respuesta que el cristiano no debe tomar alimento que no esté teñido con la Sangre de Jesús. Luego, cambiado el semblante, se le dejó ver coronado de espinas y cubierto de llagas diciéndole: « ¿Cuándo dejarás de ofenderme? Mira cuánto he padecido por ti. Basta lo que has pecado; muda de vida y ama a quien tanto te ha amado». Toda compungida la pecadora fue a confesarse con Santo Domingo, que la absolvió de todos sus pecados, y con sus consejos la hizo llegar a un alto grado de perfección ¡Oh saludables efectos del sacerdocio católico! Aprovéchate cristiano, de estos saludables efectos, como a esta pecadora y también tú aseguras tu eterna salvación.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir.

Obsequio: Ofreced a Dios todas las acciones que haréis en el curso del día y por lo mismo procurad que todas sean buenas, para que lo ofrecido le sea agradable.

JACULATORIA

Quiero amar siempre,

Jesús querido

La Sangre Vuestra

Con gran cariño.

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

Eterno Dios, ¿qué sería de nosotros sin el sacerdote, sin el mediador entre vos y nosotros? ¿Quién nos administraría los sacramentos? ¿Quién ofrecería por nosotros, sobre el altar, la víctima divina? ¿Quién nos absolvería de los pecados? ¡Ah! Sin el sacerdote, no habría para nosotros esperanza de salvación. ¡Oh Sangre Preciosísima! Vos nos habéis dado un sacerdocio tan fecundo en bienes: por vos, mediante los sacerdotes, rendimos a Dios el honor que le debemos, se nos perdonan las culpas y somos colmados de todo bien. Os rendimos pues, las más vivas gracias por tan gran beneficio, y os prometemos aprovecharnos de él en todas nuestras necesidades espirituales.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadeceos de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que lllore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 20

DÍA VIGÉSIMO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que de continuo estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

La Sangre de Jesús obtiene auxilios especiales en el sacramento del matrimonio

I. Jesús, rogado por su madre a que supliera la falta de vino en un banquete nupcial, respondió que aún no había llegado su hora; pero después, con un milagro, mudó el agua en vino. Dice San Agustín que la hora predicha era la de su pasión (Dominica II, después de la octava de Epifanía. Sermón I). Jesús quiso por tanto, significar que si entonces concedía una gracia temporal a los esposos, proveyéndoles del milagroso vino, figura de su Sangre; vendría más tarde el tiempo en que elevaría el matrimonio a sacramento, y con la efusión de su sangre merecería para los esposos, una gracia especial para cumplir sus deberes, *como enseña el concilio Tridentino (La gracia para santificar a los cónyuges, Cristo nos la mereció con su Pasión. Tridentino, sesión 24. Decreto del Sacramento del Matrimonio)*. Bendice, pues, y agradece, oh cristiano, a la Preciosa Sangre, que tales auxilios particulares te ha merecido y te concede, en el sacramento del matrimonio.

II. El matrimonio es un gran sacramento, dice San Pablo, figura de los desposorios de Jesús con la Iglesia (Efesios, V, 32); por esto, no con enamoramientos y pecados hay que prepararse a él, sino con obras santas y además hay que celebrarlo ante el altar, con la bendición del propio sacerdote; pues de lo contrario, Dios no reconoce como verdaderos cónyuges a los esposos. Jesús no puede separarse de la Iglesia a quien ama tiernamente, y a ella sola reconoce por suya; y esta procura conquistarle devotos que lo sirvan con fidelidad. Asimismo el esposo y la esposa estrechados por vínculo indisoluble, deben amarse mutuamente, llevar una vida honesta y edificante, y educar santamente a sus hijos; como que con tal fin elevó Jesús el matrimonio a sacramento. Quien se conduzca diversamente, atraerá sobre su cabeza, no la gracia que le ha merecido la Preciosa Sangre, sino la divina maldición.

III. No solamente dice San Pablo; que el matrimonio es sacramento, y que los casados deben vivir entre ellos en paz, y procurar la salvación de sus hijos; sino que agrega también: Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor; pues él ha dicho: Honra a tu padre y a tu madre y serás bendito (Efesios, VI, 1, 2,3). Esto deben, por consiguiente hacer los hijos, si desean que todo bien descienda sobre su cabeza. ¡Quiera Dios que todos hagan lo que tuvo en su intención el Redentor al instituir este sacramento y sean dignos de la santificación que él mismo aporta por los méritos de la Sangre Preciosa! Entonces ciertamente no se verían tantos desconciertos y males en el mundo. Más hay muchos en el mundo que a esto no atienden; de donde proviene que tantas familias sean malditas de Dios también en este mundo, y tantas almas vayan condenadas al infierno.

Ejemplo: Santa Brígida, a la edad de diez años, oyó el sermón de la pasión, y la noche siguiente vio a Jesús crucificado y ensangrentado, que con ella conversó de sus dolores; los cuales de tal manera se grabaron en su mente, que durante su vida meditó de continuo la divina pasión. Un día fue vista con la aguja en mano y el trabajo abandonado sobre las rodillas, estarse inmóvil, fijos los ojos en el cielo, derritiéndose en lágrimas, mientras una hermosa niña trabajaba en su lugar. Debiendo contraer matrimonio, a él se preparó con largas oraciones, y en el curso de su vida, pensó siempre en Jesús derramando Sangre en la cruz, *según le había referido la Virgen Santísima* (Este collar esté siempre sobre tu pecho...el collar es la consideración de su pasión...de cómo estaba en la cruz manando Sangre. *Revelaciones de Santa Brígida, libro I, c. 7*); y de esa manera obtuvo gracias singulares para educar santamente a los ocho hijos que tuvo y para encender el divino amor en el corazón de su marido. Muerto el cual, se dirigió a Roma y luego a Jerusalén a fin de venerar los lugares donde el Salvador derramó su Sangre.

Entonces fue cuando Jesús le hizo revelaciones especiales acerca de los detalles de su pasión. Vuelta a Roma, Jesús se le apareció de nuevo, y asegurándole que se salvaría, le manifestó el día de su muerte, que fue verdaderamente preciosa (Croiset, Ejercicios de Piedad, Vida de los Santos, 8 de Octubre y Rohrbacher, Historia de la Iglesia, libro 80) Oh cristianos, imitad a ésta en prepararos piadosamente a la celebración del sacramento del matrimonio, sed como Santa Brígida devotos de la Preciosa Sangre, y como ella alcanzareis copiosas bendiciones para vuestras familias.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir

Obsequio: Usad con modestia de vuestros sentidos, especialmente de los ojos.

JACULATORIA

Sangre Preciosa,

Tú nos bendices,

Y viviremos

Siempre felices.

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

Ningún bien puede hacer el hombre sin Vos, ¡oh! divino Salvador; y por esto Vos, mediante los méritos de vuestra Sangre, en el sacramento del matrimonio, dais a los esposos gracias especiales, para vivir santamente y educar a sus propios hijos. Pero hoy día esta gracia es despreciada de muchos que viven mal, y mal educan a sus hijos, con grave ofensa vuestra y con grave daño a la sociedad. ¡Oh Jesús mío!, no atendáis a su indignidad, sino a la Sangre que derramasteis, para el bien de la familia humana, y dad a esos miserables, más viva luz para conocer sus propios deberes, y gracia más eficaz para cumplirlos; a fin de que santificadas las familias por los méritos de vuestra Sangre, de ello resulte gloria para Vos y bien a la sociedad.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadeceos de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que lllore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 21

DÍA VIGÉSIMO PRIMERO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh! Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que de continuo estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

La Sangre de Jesús nos hace vivir castos y puros

I. El primer desconcierto que el hombre sintió en sí después del pecado, fue la rebelión de los sentidos. Y ella es todavía la causa de muchos males durante la vida y de condenación después de la muerte. Dishonras, miserias, discordias, homicidios, muertes prematuras y además la impenitencia final, son los terribles efectos de la deshonestidad (Alfonso Selva, predicación, Parte I, c. 6, n. 1, 10). Para que estemos distantes de vicio tan perjudicial, o librarnos de él, si hemos caído; no hay medicina más eficaz que la Sangre Inmaculada del Cordero divino (Si no fuera ungida la antigua llaga con el unguento de la Sangre de Cristo. S. Cipriano, Pasión de Cristo). Por eso procuremos recibirlo a menudo en los sacramentos.

II. Jesús derramó su primera Sangre en la circuncisión, y quiso que fuera adorada por primera vez por María y José, ambos vírgenes; como para demostrar que aquella Sangre sería un medio eficaz para conservar en el hombre la pureza. También en su pasión la derramó de un modo especial para hacer germinar flores de castidad, por lo cual la Sangre Preciosa es llamada vino que engendra vírgenes (Vino germinante vírgenes, Zacarías IX, 17). y las vírgenes se llaman sus primicias (A. Lápide, sobre el Apocalipsis XIV, 4, Primicias de Dios y del Cordero). Por tanto, dice San Buenaventura, beber de la Sangre Preciosa es lo mismo que tomar una medicina potentísima para conservarse puro (Tienen la albura de la castidad con el riego de la Sangre de Cristo, De la Eucaristía, sermón 31). Por esto dice San Bernardo que el mantenerse puros tantos cristianos, es efecto de la Sangre de Jesús, que reciben en la comunión (Sobre la Cena, el Bautismo, etc.). Acerquémonos a menudo y devotamente a la divina mesa y obtendremos el mismo efecto.

III. Un jovencito acostumbrado a faltar contra la santa modestia (habiéndole resultado vano cualquier otro medio), consiguió enmendarse meditando la pasión de Jesús (Cirilo, Dominica IX después de Pentecostés, oración mental). Pues que al sentirse tentado, decía, fijando los ojos en el crucifijo: "el inocente cuerpo de Jesús está cubierto de llagas y de Sangre, ¿y yo me atreveré a darme impuros deleites? No, Jesús mío, no lo haré jamás". Enseguida estampando tiernísimos besos sobre las divinas llagas, triunfaba de la criminal pasión. Si no podemos embriagarnos con la Preciosa Sangre comulgando cada día, al menos participemos de ella en espíritu, meditando cotidianamente los dolores en medio de los cuales Jesús la derramó, (Meditar los beneficios de su

pasión es haber espiritualmente su Sangre. San Bernardo, Carta al Hermano de monte Dei, 1. I, c. X, n. 30) y con tal medio también nosotros venceremos las tentaciones y viviremos puros.

Ejemplo: Habiendo una doncella incautamente fijado sus ojos en un jovencito, la imagen de éste de tal manera se grabó en su mente que no podía apartar de ella su pensamiento ni un solo instante. Cien veces se arrepintió de no haber tenido a raya sus sentidos; pero, demasiado tarde. Vencida un día por la tentación, queriendo ir hacia el objeto de sus amores, vio aparecerse a Jesús, el cual mostrándole sus llagas chorreando Sangre, le dijo: "Acaso es más hermoso que yo, aquel que vas a buscar? ¿podrá tal vez amarte más de lo que yo te amo? ¿Acaso por tu bien se habrá reducido al estado en que me ves? ¿por qué entonces lo prefieres a mi?" Avergonzada la jovencita no respondió sino con lágrimas; y cambiados los afectos, durante el resto de su vida sólo amó a Jesús, que por su amor derramó toda su Sangre (Ferrari, Instrucción Catequística, Volumen I, parte III, capítulo III). Procuremos también nosotros no dejar transcurrir un día sin pensar en el amor con que Jesús dio su Sangre por nosotros; y tal pensamiento, extinguiéndose dentro de nuestro corazón todo afecto profano, lo hará abrazarse de divino amor.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir.

Obsequio. Quemad libros, retratos y otros objetos no tan buenos, y quitad toda ocasión de pecado por amor de Jesús crucificado.

JACULATORIA

Sangre purísima
del Salvador,
dadme de vírgenes,
albo candor.

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

Postrado a vuestros pies, oh mi Dios crucificado, os repito las palabras del apóstol San Pablo: "Infeliz de mí! ¿Quién me libraré de la mortal agonía en que me tienen mis pasiones? ¿Quién me socorrerá en la dura guerra que me hace mi propio cuerpo?" A San Pablo se le respondió: "La gracia divina por los méritos de Cristo" (Romanos, VII, 23, 24, 25 y II Corintios, XII, 7, 8, 9).

Esta misma gracia debe ayudarme también a mí, oh Jesús querido. Vuestra Sangre, oh Hijo de la Virgen, oh Cordero inmaculado, caiga sobre mí y apague este fuego infernal que me quiere devorar; inunde mi mente y aleje de ella todo criminal consentimiento, llene mi corazón, arrojando de él todo afecto mundano; embriague mi alma y enciéndala de amor a la santa pureza; rocíe mi cuerpo, concediéndole la castidad; para que después de una vida toda pura y casta, tenga la suerte de estar cerca de vos en el reino feliz.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh! Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadeceos de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que lllore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre.

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios.

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 22

DÍA VIGÉSIMO SEGUNDO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh! Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que de continuo estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

La Sangre de Jesús nos ha dado la fe

I. No habiendo podido el demonio hacerse igual a Dios en el cielo, trató de tener culto divino en la tierra. Y los hombres se sometieron a él de buena gana, levantándole templos y altares, adorándolo

en los ídolos, y sacrificándole no sólo animales, sino también niños y doncellas. ¡A tal exceso llegaron nuestros antepasados, y en tal estado permaneceríamos aún nosotros, si Jesús no nos hubiera dado la fe! Adorando al demonio en la tierra, con él habríamos ido a penar al infierno. ¡Infelices de nosotros sin la fe! Sangre de Jesús, sed mil veces bendita y alabado, por haberme librado, con tu derramamiento, de tan mísero estado, y en seguida, de mi eterna perdición. Por tanto es mi estricta obligación amaros y alabaros por todo el curso de mi vida.

II. El profeta Zacarías anunció la venida de un día tal que no se distinguiría de la noche; pero en el cual, hacia la tarde, aparecería la luz, y un torrente de agua, difundiéndose desde Jerusalén sobre la tierra, haría que los hombres creyeran en Dios.

Este fue el día de la muerte de Jesús, en el cual quedó obscurecido el sol hasta la hora nona (San Efrén, sobre Zacarías, XIV, 7); y entonces fue cuando la Sangre Preciosa derramada en Jerusalén, fecundando al mundo, hizo germinar la fe; y extirpando la idolatría volvió a los hombres adoradores del verdadero Dios.

Si tenemos, entonces, la fe, si nosotros, que estábamos lejos del verdadero Dios, ahora estamos unidos a él; ello es en virtud de la Sangre Preciosa, dice San Pablo (Vosotros, que estabais lejos, habéis sido puestos cerca por la Sangre de Cristo. Efesios, II,3). Bendigamos, pues, y rindamos siempre honor a esta Sangre divina, que nos ha hecho partícipes de tan excelso don.

III. ¿De qué nos sirve tener la fe, si vivimos peor que los infieles? Habiendo hecho Jesús experimentar los efectos de su beneficencia a los habitantes de ciertas ciudades, al ver que éstos vivían mal, "Ay de vosotros, decía, porque si yo hubiera hecho beneficios a otros pueblos, éstos me habrían honrado; mientras que vosotros os demostráis desconocidos e ingratos. Más el día del juicio final, seréis juzgados con mayor severidad (San Mateo, XI, 20, etc.).

Con preferencia sobre tantos que nacen entre incrédulos e infelices, Jesús nos ha hecho nacer en el gremio de la verdadera fe: por eso, si no somos buenos, nos espera un infierno más tremendo. Resolvámonos, y empecemos a vivir como verdaderos fieles del verdadero Dios.

Ejemplo: En Constantinopla un judío hirió un crucifijo, y como viera de la herida salir viva Sangre, lo arrojó a un pozo. A la mañana siguiente, la gente que acudió a sacar agua, la vio enrojecida; por lo cual el prefecto de la ciudad, sospechando que hubiera adentro hombres asesinados, ordenó vaciar el pozo. Más con asombro universal no se halló otra cosa sino aquella bendita imagen, que todavía derramaba Sangre, El emperador, a fin de conocer la verdad del suceso, prometió el perdón del reo, con tal que éste por sí mismo se declarase. Primero su mujer y después el propio judío confesaron sinceramente todo; aún más, compungidos ante tal milagro, abrazaron la verdadera fe de Cristo. Estando el pozo muy cerca de la iglesia de Santa Sofía, fue incluido en ella, con la erección de una nueva capilla, donde se colocó una cubierta de oro y en medio de ella el prodigioso crucifijo (Baronio, Anales Eclesiásticos, 446, n. 17, 18). Procuremos también nosotros tener siempre al crucificado Señor en nuestro corazón; rocíe su Sangre de continuo nuestra alma; y de esta manera se mantendrá la fe siempre viva en nosotros.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir.

Obsequio. Rezad los actos de fe, esperanza y caridad.

JACULATORIA

Haz que te sea,
Sangre divina,
Fiel para siempre
El alma mía.

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

¡Quién sabe cuántas almas creasteis juntamente con la mía, oh sumo Dios! Y sin embargo, aunque tantas otras destinasteis a nacer entre infieles, a mí, sin mérito alguno mío, me hicisteis la bella gracia de nacer donde reina la fe. ¿Y cómo he correspondido yo a tan excelso favor? Con la más negra ingratitud, viviendo al contrario de lo que enseña la fe, llevando una vida peor aún que la de los infieles. ¡Que monstruosa ingratitud! ¡Hubiera yo haber muerto antes que llegar a tamaño exceso! Oh Sangre Preciosa del Redentor, remediad vos a tanto mal; aplacad la justa indignación del Padre divino, a quien he irritado con mi disipada vida; reconciliadme con él, y dadme compunción de corazón para llorar mis faltas, y voluntad resuelta a cumplir en todo los dictados de la fe, para no ser ya hijo ingrato con un Dios que al darme la fe por los méritos de la Preciosa Sangre, se hizo mi Padre.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh! Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadeceos de mi miseria y

perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que lllore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 23 DÍA VIGÉSIMO TERCERO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh! Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que de continuo estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

La Sangre de Jesús fundó la Iglesia y la sostiene

I. Dios hizo dormir a Adán para sacarle una de sus costillas, y habiendo formado con ella a la mujer, semejante a aquél, se la dio por esposa. Igualmente, *dice San Agustín*, habiendo Jesús inclinado la cabeza, murió en la cruz, y de su costado abierto se formó una esposa, la Iglesia, con aquella última efusión de su Sangre. (San Agustín. Ve la elección VII del oficio de la Preciosísima Sangre). La verdadera Iglesia es, por consiguiente, la que nació junto a la cruz, en medio del luto y del dolor, y es en todo semejante a su sacrificado Esposo, de quien recibió en herencia persecuciones y trabajos. (San Gregorio, sobre el I libro de los Reyes, cap. I.; Exposición lib, I.) Pero así como Jesús resucitó glorioso de la muerte, así también la Iglesia saldrá gloriosa de las tribulaciones. El verla, por tanto, perseguida, no debe desanimarnos, sino más bien aumentar en nosotros el amor y respeto hacia ella, reconociéndola, en tal manera, por la única y verdadera esposa del Dios crucificado.

II. Excepto solo dos (Eleuterio y Dionisio), todos los otros 29 Papas de los tres primeros siglos, juntamente con millones de fieles, fueron bárbaramente muertos por la fe; pero tanta sangre no fue bastante a ahogar la Iglesia, que siempre se dilató y gloriosa sobrevivió. En cada siglo, hasta el presente, nuevas persecuciones se han sucedido para arruinarla; mas cuando se creía destruida, más vigorosa se ha erguido. Todas las furias del mundo y del infierno no han logrado vencerla, ni la vencerán jamás. Jesús, que la redimió con su Sangre, *dice San Bernardo*, la sostendrá, (Librará a su esposa, el que la redimió con su sangre. Epístola a Conrado, 244) volviéndola siempre victoriosa hasta la consumación de los siglos. Por esto nosotros, como hijos de tan excelsa madre, debemos ofrecer sin cesar esta Sangre, a fin de obtener la perseverancia de vivir hasta la muerte en su materno seno.

III. Dice San Pablo que Jesús oró con voz eficaz por la gloriosa resurrección de su cuerpo, y fue escuchado. Esta voz eficaz fue la efusión de su Sangre; nos lo asegura San Anselmo.

(Hebreos, V 7. (Ve la elección VI del oficio de la Oración en el Huerto). Su cuerpo, por el cual oró, no fue solo el real, sino también el místico, es decir, la Iglesia; tal afirma San Buenaventura. (La Sangre corría por la tierra, para manifestar que oraba por la Iglesia. Sobre San Lucas, XXII, 44). Esta, pues, por los méritos de la Sangre Preciosa, ha sido siempre gloriosa; agrega el mismo doctor seráfico. (Suplemento sobre el Apocalipsis, XII, 11) Demos, pues, siempre gracias al Señor por habernos hecho nacer en el gremio de la verdadera Iglesia, vuelta invencible en virtud de la efusión de su Sangre divina; y no nos avergoncemos jamás de aparecer como sus verdaderos hijos, antes venzamos todo respeto humano en el cumplimiento de nuestros deberes de cristianos y católicos.

Ejemplo: El año 1290 un judío en París se apoderó de una hostia consagrada y comenzó a herirla; y viendo salir Sangre de las heridas, la puso en un vaso de agua, que luego se tiñó de Sangre. Habiéndola echado al fuego, de él salió ilesa, quedando suspendida en el aire, y apareciendo en ella un crucifijo. Ante tamaño prodigio, si bien el judío quiso morir obstinado; en cambio su mujer e hijos conocieron que la nuestra es la verdadera Iglesia, y entraron en su seno, recibiendo el Bautismo. La prodigiosa partícula fue llevada al templo de San Juan in Grève; y la casa en que Jesús había sido tan ultrajado, fue convertida en Capilla, para que allí fuera siempre honrado (Eohrbacher, Historia Universal de la Iglesia, libro 76). Honremos y bendigamos también nosotros al Dios Humanado, mostrándonos dignos hijos de la Iglesia, que él adquirió con su Sangre.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir.

Obsequio: Visitad a Jesús Sacramentado, rogando por las necesidades de la santa Iglesia.

JACULATORIA

Viva la Sangre

Que ha defendido

La Santa Iglesia

Todos los siglos.

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

¡Oh divino Esposo de mi Madre la Iglesia!, volved sobre ella los misericordiosos ojos, mirad las tribulaciones que la afligen, las persecuciones de que es blanco, y libradla de las manos de sus enemigos, que anhelan su exterminio. Recordad que ha sido formada con Vuestra Sangre, que con Sangre la habéis adquirido, y dadle cada vez mas espléndido triunfo. Jesús mío, cuanto es cierto, según vuestra promesa, que de en medio de las persecuciones la Iglesia se levantará cada vez más bella y más gloriosa, otro tanto es incierta mi fidelidad hacia ella. ¡Oh! Cuánto debo andar temeroso

de volverme hijo rebelde suyo, alejándome de su seno, como lo he merecido ya por mis pecados! ¡Ah!, no permitáis, amado salvador mío, que yo me separe de vuestra Iglesia, os lo pido por la Sangre vuestra, y por eso no me lo podéis negar. ¡Ea!, haced que yo viva siempre como devoto hijo suyo, y como tal yo muera.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh! Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadecedme de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que lllore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 24

DÍA VIGÉSIMO CUARTO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh! Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que de continuo estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

La Sangre de Jesús aviva nuestra esperanza

I. El demonio al principio nos instiga a pecar con el pretexto de que la misericordia divina es infinita, y después del pecado nos empuja hacia la desesperación, mostrándonos como imposible que Dios nos perdone tan graves excesos. No nos dejemos vencer de tales engaños, que son la ruina de muchos, antes bien hagamos cuanto nos enseña San Juan: Hijitos míos, *dice*, no pequéis, y si ya habéis pecado, arrepentidos volved a Dios; puesto que tenemos por abogado cerca de Él a Jesús mismo, que ha dado su Sangre por salvarnos (San Juan, II, 1,2). Esta Sangre intercede por nosotros. ¿Qué podemos temer entonces? Si nos arrepentimos de corazón, es seguro el perdón.

II. Jesús nunca ha rechazado de sí al pecador arrepentido, sino que siempre como padre piadoso, ha abrazado al hijo pródigo. Más aún, cual amante pastor ha venido del cielo a la tierra en busca de la oveja descarriada, y ha derramado su Sangre por salvarla. Llenos, pues, de confianza, postrémonos a sus pies a llorar las culpas pasadas, aunque enormes e innumerables, seguros de que no nos ha de negar el perdón, quien no nos ha negado su Sangre.

III. No pocas veces pone el demonio, aún en el corazón de los justos, vanos temores y desconfianzas acerca de su salvación eterna. Más tales tentaciones luego se vencerán reflexionando sobre lo que dice San Pablo: "Justificados por la Sangre de Jesús, por la misma seremos salvados de la ira divina" (San Buenaventura sobre San Lucas XXII, 44). ¿Cómo se puede dudar, dice San Agustín, de que Jesús nos quiere salvar, cuando para obtenernos el paraíso, ha muerto y ha derramado su Sangre? (Seguridad nos dio Dios, donde se derramó la Sangre del Señor. Comentario sobre la Epístola Primera del Apóstol San Juan). ¡Ah! Confiados prosigamos viviendo rectamente, que por los méritos de la Sangre Preciosa seguramente nos salvaremos.

Ejemplo: El beato Santiago de Bevagna, habiendo recibido de su madre dinero para que se mandara hacer un traje, lo gastó, en cambio, en adquirir un hermoso crucifijo; a cuyos pies pasaba largas horas, y los viernes la noche entera, meditando sus penas. Enfurecido el infierno, lo asaltó con terribles tentaciones, incitándolo a desesperar de la propia salvación; pero él, rezando ante su crucifijo, quedó victorioso. Como que la santa imagen, manando prodigiosamente Sangre del costado, lo roció todo, diciéndole: "Santiago, sea para ti esta Sangre señal segura de salvación". Por lo cual aquél vivió siempre amante de la Preciosa Sangre, y después que murió, mientras se le hacían los funerales, se oyó una voz que dijo: "No hay necesidad de sufragios, porque está en el Cielo" (Marchese, Diario Dominicano, Vida del Beato, 22 de Agosto). Alma tentada del demonio a desesperarte, imita al beato Santiago en el amor a la Preciosa Sangre, y cesará en ti todo vano temor acerca de tu eterna salud.

Se medita y pide lo que se desea conseguir.

Obsequio: Haced alguna obra de misericordia a vuestro prójimo.

JACULATORIA

Dadme, Dios mío,

Al Cielo ir,

La Sangre vuestra

A bendecir.

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

Dios mío, si vuelvo los ojos a mi vida pasada, la veo toda sembrada de pecados; si miro al presente mí conciencia, oh, qué reproches yo siento; si pienso en el futuro, oh, qué temor de nuevas caídas experimento, en razón de mi comprobada fragilidad: ¿qué esperanza puedo entonces abrigar de mi eterna salvación? ¡Ah, Sangre Preciosísima de mi Jesús, vos sois mi única esperanza! Aunque son grandes mis pecados, mucho más valéis Vos, que los habéis reparado por mí; si es extrema mi debilidad, vuestra potencia es suma; si son excesivas mis faltas, son de infinito valor vuestros méritos. Por Vos, pues, seguro del perdón, lloro y detesto mis pecados; y en Vos confiado, me propongo empezar y seguir una buena vida; después de la cual, mediante vuestros méritos, espero el premio eterno del Cielo, que con vuestra efusión me habéis obtenido.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh! Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadecedme de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas

con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que llore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre.

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios.

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 25

DÍA VIGÉSIMO QUINTO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh! Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que de continuo estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

Amor de Jesús al dar su Sangre por nosotros

I. Cogido de feroz tempestad el rey Jerjes, después de haber hecho arrojar las demás cosas, dijo a los numerosos príncipes que formaban su séquito: «Persas, si me amáis, arrojao vosotros mismos al mar para que aliviada la nave, pueda yo sano y salvo llegar al puerto» y todos al instante ejecutaron el deseo de Jerjes (Siniscalchi, *Ejercicios de San Ignacio, Meditación de las dos banderas*). Grande acto de amor fue este ciertamente, pero en comparación de lo que hizo Jesús por nosotros es nada. Puesto que aquellos eran súbditos que murieron por su rey, y si no, se hubieran por sí mismos ahogado, habrían perecido en el naufragio; o si de éste hubieran escapado, habrían sido el blanco de la ira de Jerjes. Jesús, si no hubiera muerto, no habría sufrido daño alguno; y sin embargo, siendo el Señor del universo, dejó la vida en un mar de Sangre, por salvarnos a nosotros, vilísimas criaturas. ¡Oh amor verdaderamente sumo! ¿Y tú, corazón mío, no amarás a quien tanto te ha amado?, ¿no te encenderás de devoción hacia la Preciosa Sangre, derramada con tanto amor por tu causa?

II. Fijemos la mirada en Jesús crucificado: observemos ese cuerpo dilacerado de la cabeza a los pies, esas llagas tan profundas que dejan ver hasta los huesos, esa Sangre que brota a torrentes de todos lados, y reflexionemos que a tal extremo se ha reducido por nuestro amor. A nosotros, que somos los que hemos pecado, nos correspondían esas penas y esos dolores, y Él los ha cargado sobre sus hombros. ¿Puede darse mayor amor que éste? ¿Y podrás alma mía, quedar insensible en presencia de tanto amor, sin derretirte de afecto hacia aquel que te ha redimido a costa de su Sangre?

III. Santa Francisca Romana vio salir de las llagas del Salvador una cadena de oro ardiendo, juntamente con un precioso líquido y comprendió que ello significa el amor de Jesús, pronto a encender de caridad todos los corazones (Amico, *Vida de la Sangre*, libro IV, capítulo VII). Pues la

vista de aquella Sangre, dice San Juan Crisóstomo, no puede menos que despertar sentimientos de amor (*Con esta Sangre el alma se enciende*, Homilía 61, de la sagrada participación de los misterios al pueblo antioqueño). Quien a tal vista permanece indiferente, quiere decir que tiene un corazón de piedra: si así no es el nuestro, hemos de rendir amor a quien por nosotros ha derramado toda su Sangre.

Ejemplo: Santa Catalina de Génova, desde pequeñita, oraba siempre delante de la imagen de Jesús, depuesto de la cruz en el seno de su afligida Madre, y la consideración de esas llagas y de la Preciosa Sangre que de ellas manaba, la inflamó de tanto amor celestial, que despreciando las cosas terrenas quería hacerse monja; más por su tierna edad, no fue admitida. Andando los años sus padres la colocaron en matrimonio, y en este estado, por las grandes tribulaciones que hubo de sufrir, contrajo no leve enfermedad. Como le aconsejasen que abandonara su vida penitente a fin de recuperar la salud, así lo hizo, pero en vez de alivio, experimentó mayor molestia. Acudió enseguida a la presencia de un sacerdote y para remedio de sus males pidió confesarse. Haciendo lo cual, recibió de Dios tal conocimiento de la malicia de la culpa, que entre un mar de llanto y dolor, fue constreñida a exclamar: «Amor mío no más pecados». Vuelta a casa se le apareció Jesús chorreando viva Sangre, y de tan indeleble manera, se grabó en su alma, que de allí en adelante no pudo ella en otra cosa pensar sino en Jesús bañado de Sangre; y cada objeto le parecía regado con la Sangre Preciosa. Mediante esos favores celestiales, consiguió perfecta tranquilidad su corazón y tanto se inflamó de amor divino que el fuego interior le translucía en el rostro. Tal amor, creciendo en ella cada vez más, la condujo a un alto grado de perfección. El año 1510, cayó enferma, fue arrebatada en éxtasis y cantando con voz dulcísima las últimas palabras de Jesús: «Señor, en tus manos encomiendo mi alma» se voló al santo paraíso (Rohrbacher, Historia Universal de la Iglesia, libro 83, y Breviario Romano, apéndice 22 de Marzo) ¡Oh muerte verdaderamente preciosa! ¡Oh cristiano, ama de veras también tú a la Preciosísima Sangre y también tú tendrás la suerte de acabar tus días con una tan feliz muerte!

Se medita y se pide lo que se desea conseguir.

Obsequio: Decid siete *Gloria Patri* a la Preciosísima Sangre de Jesucristo.

JACULATORIA

Sangre vertida
Con tanto amor,
De afecto inflama
Mi corazón.

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

Señor mío crucificado ¿porqué estáis clavado en esa cruz? Por amor mío. ¿Por qué vuestro cuerpo está todo dilacerado, traspasados con clavos los pies y las manos, y perforada de espinas la cabeza? Por amor mío. Si, por amor mío os veo cubierto de Sangre de la cabeza a los pies. ¿Y quién soy yo para que tanto me améis? Una criatura vilísima, un ingrato que tanto os he ofendido. ¡Y sin embargo vos, sumo Dios, por mi os habéis reducido a tal estado! ¡Oh amor incomprensible, amor inmenso! ¿Y yo no me resuelvo aún a amaros? ¡Ah! Conmuévete al fin ingrato corazón mío y ama a quién te ha amado tanto: da todo tu amor a quién te ha dado toda su Preciosísima Sangre. Si, amaros quiero Jesús mío, y amaros siempre en todo el resto de mi vida, para tener la suerte de amaros eternamente en el cielo.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh! Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadeceos de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que lllore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre.

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios.

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la

presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 26

DÍA VIGÉSIMO SEXTO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh! Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que de continuo estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de

infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

La Sangre de Jesús es fuente de misericordia

I. Conducida por los escribas y fariseos, a la presencia de Jesús, una pecadora, a fin de que fuera condenada a ser lapidada, éste les dijo: «Quien de entre vosotros sea inocente, tire la primera piedra». En seguida con sus divinos dedos, se puso a escribir sobre la tierra, los pecados de ellos; por lo cual, llenos éstos de confusión, se marcharon (San Jerónimo, *Diálogo contra Pelagio*, Libro II). Habiendo quedado sola, turbada y compungida, la pecadora, Jesús *le dijo*: no temas que yo te perdono, pero cuida de no volver a pecar (San Juan, VIII). No sólo en este caso, sino frecuentemente, el Dios humanado trataba con benignidad a los pecadores, diciendo que él “no había venido a llamar a los justos sino a los pecadores” (San Marcos, II, 17) ¡Tanta era su bondad hacia ellos! Alma pecadora, corre pues llena de confianza a los pies de tu Señor, y lo hallarás que está pronto a lavarte con su Sangre.

II. Mirad cuán grande, *dice San Pablo*, es la bondad del Señor para con nosotros; que siendo sus enemigos, ha muerto por nosotros y con su Sangre nos ha santificado y vuelto a la gracia de su Padre celestial (Romanos, V, 9,10). Todavía más, Jesús no sólo ha dado la vida y la Sangre por los pecadores, sino que estando clavado por ellos en la cruz, en el preciso momento en que sorteaban su túnica, lo insultaban y blasfemaban. Él, todo piedad y misericordia pidió a su Padre perdón para sus crucifijos. ¡Oh bondad, oh misericordia verdaderamente suma! A tal reflexión no habrá nadie por cierto, que pueda dudar del perdón, por más cargado que esté de los más enormes e innumerables delitos. Ven pues, oh pecador, a lavarte en la Sangre que Jesús ha derramado por ti, y tu alma se tornará cándida como la nieve, porque de tu corazón será borrada toda culpa.

III. Amaos unos a otros, *ha dicho Jesús*, como yo os he amado (San Juan, XV, 12). Él nos ha amado a nosotros, aunque pecadores y por tanto sus enemigos; es necesario por consiguiente, que también nosotros amemos a nuestros enemigos. ¿Y cómo podremos no amar al ofensor, *dice San Agustín*, habiendo sido ambos redimidos con la misma Sangre de Jesús? (Homilía 40, Sermón 211, Dominica V de Cuaresma, c. V.) Recordemos que éste le dijo claro: si no perdonáis, no seréis perdonados (San Mateo, VI, 15). Por esto, si queremos obtener de Dios el perdón de nuestras culpas, que Jesús nos ha merecido con la efusión de su Sangre, por amor de esta misma Sangre, debemos perdonar y amar a quien nos ha ofendido.

Ejemplo: Santa Rita de Casia, unida en matrimonio a un hombre absolutamente diverso de ella, tuvo que padecer innumerables maltratos y aún golpes de aquel; pero la vista del crucifijo, la hizo sufrir todo con invicta paciencia; hasta que mediante sus ruegos y sufrimientos, Dios convirtió al marido. Habiendo sido éste asesinado, aunque estaba por ello sumamente apenada, perdonó por amor de Jesús crucificado, a los asesinos, y consiguió que sus hijos también los perdonaran, mostrándoles el crucifijo. Muertos los cuales ella, ofreciéndolos a Dios, se hizo religiosa Agustina. Escuchando el sermón de Pasión, de labios de Santiago de la Marca, se conmovió de tal manera,

que postrada a los pies del crucifijo, le pidió con insistencia, que la hiciese probar alguna de sus penas, y fue escuchada. Pues una espina separada de la corona del Redentor, fue con ímpetu a clavarse en su frente, dejándole en ella una llaga profunda y dolorosa, que la atormentó toda la vida. Después de cuatro años de cruel enfermedad, (durante la cual, rogada a que tomase un poco más de alimento, respondió: «Mi alma, aplicada a las llagas de Jesús, se nutre con otro alimento»), suavemente murió, y su alma fue vista volar al paraíso (Lorenzo Tardi, *Vida de la Santa*) ¡Bienaventurado el que la imita, pues tendrá la misma suerte!

Se medita y se pide lo que se desea conseguir.

Obsequio: Por amor de Jesús crucificado, perdonad cualquiera ofensa que se os haya hecho.

JACULATORIA

Por vuestra Sangre

Señor, salvad

Los pecadores,

Que tanto amáis.

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

Misericordioso Padre mío, he aquí a vuestros pies al hijo pródigo, que arrepentido vuelve a Vos. Yo he venido de Vos y Vos habéis venido en mi busca con tantas inspiraciones que me habéis dispensado. Os he ofendido y me habéis ofrecido el perdón. He vuelto de nuevo a ofenderos y de nuevo me habéis abierto los brazos para estrecharme contra vuestro corazón. ¡Oh bondad infinita! ¿Quién podrá resistir a tamaño amor vuestro? Al fin me habéis vencido, oh divina misericordia: he aquí a vuestros pies la oveja descarriada resuelta a no apartarse jamás de vos. Lavadme querido Padre mío con Vuestra Sangre, tantas manchas, y por los méritos de la misma, dadme la gracia de amaros siempre y de no más ofenderos. Ya que también yo por amor vuestro, perdono y amo a quien me ha ofendido, siendo éste también un alma redimida con vuestra Preciosa Sangre.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh! Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza

he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingraticudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadecedme de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que lllore mis repetidas ingraticudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre.

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios.

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 27

DÍA VIGÉSIMO SÉPTIMO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh! Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que de continuo estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

La Sangre de Jesús nos estimula a salvar nuestra alma

- I. Mostrando Jesús a Santa Catalina de Siena, bajo hermosísimo semblante, el alma de una pecadora convertida, le dijo: "Mira que bella es; por eso yo trabajé tanto y derramé tanta Sangre por la salvación de las almas" (R. Raimundo de Capua, Vida de la Santa. Parte II, c. IV, n. 5). De hecho Jesús por salvar almas, anduvo predicando por ciudades y aldeas durante tres años consecutivos. Y, ¡oh! cuánto sufrió por lo extenso de los viajes, por no encontrar tantas veces alojamiento o comida, y, por la ingratitud de los mismos hombres, que lo injuriaban, ora lo querían apedrear o arrojar desde una peña, ora de otros modos lo perseguían (San Juan, IV, 6, 31. VIII, 48, 59. San Lucas, IV, 29). ¡Tanto se ha fatigado Jesús por la salvación de las almas, y nosotros hasta ahora no hemos hecho nada por salvar la nuestra! ¡Qué vergüenza! Procuremos pues, de hoy en adelante, de todas veras, salvar esta alma que ha costado a Jesús tantos trabajos y además el derramamiento de toda su Sangre.
- II. Además sostuvo Jesús por la salvación de las almas, los más despiadados padecimientos. Se sometió a la cruelísima flagelación de miles de fieros azotes, se dejó perforar la cabeza con agudísimas espinas, y por último quiso ser clavado en la cruz, derramando en ella hasta la última gota de su Preciosa Sangre. ¡Oh cristiano! Si Jesús ha sufrido tanto por la salud de las almas, ¿cómo es que tú en poco estimas la tuya, y por desahogar viles pasiones la pierdes? ¿Por qué con tus escándalos arruinas también las almas de los otros? ¡Ea, piensa que de esa manera te haces reo de la Sangre de un Dios! Lloro pues el error cometido, y repara el malhecho, con la penitencia y el buen ejemplo, si no quieres traer sobre ti los más terribles castigos divinos.
- III. San Pablo nos exhorta a huir del vicio, porque hemos sido rescatados por Jesús, ha alto precio (Habéis sido comprados con gran precio. I Corintios, VI, 20); y San Pedro nos lo repite diciendo: "Vivid santamente, pues no habéis sido redimidos con oro ni plata, sino con la Sangre Preciosa" (Seréis santos, considerando que habéis sido redimidos con la Preciosa Sangre, I Carta, I, 16, 18, 19). Aprovechémonos, oh cristianos, del saludable aviso de los santos Apóstoles, los cuales más que un tierno padre, nos aman y desean nuestro bien. Pensemos seriamente en el valer de nuestra alma, y atendamos con la mayor diligencia a salvarla; pues ella tiene un valor infinito, como que cuesta toda la Sangre de un Dios.

Ejemplo: Habiendo instituido San Francisco de Asís la Orden de los Menores, quiso que en ella se llevase una vida austera, especialmente los viernes, en memoria de la divina pasión. Vencido por tal rigor, uno de los religiosos, le pidió licencia para volver al siglo; pero el santo, animándolo a perseverar en la religión para bien de su alma, le hizo ver que esas austeridades eran una nada en comparación con lo que Jesús padeció por nosotros. Más, despreciando aquél tales avisos, huyó del convento. Como San Francisco rezara por él, Jesús se le apareció en la calle, goteando de sus llagas fresca y roja Sangre, y le dijo: "mira cuánto he padecido por ti, ¿y tú nada queréis sufrir por tu salvación?" Todo compungido el religioso, y deshaciéndose en lágrimas, se volvió al santo que benignamente lo acogió, exhortándolo a recordar siempre la gracia singular que había recibido. Y en efecto teniendo aquél siempre presente la extraordinaria visión, cuidó con toda diligencia de la salvación de su alma (P. Angélico de Vicenza, Vida de San Francisco de Asís).

¡Ea! Procuremos también nosotros tener de continuo ante nuestros ojos a Jesús que derrama su sangre por salvar las almas, y de esa manera también nosotros cuidaremos con todo empeño de la propia salvación.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir.

Obsequio. Resolveos a nutrir siempre una tierna devoción hacia la divina Sangre, especialmente lavándoos en ella frecuentando los sacramentos.

JACULATORIA

Salvar yo quiero
Alma tan noble,
Que Sangre cuesta
A un Dios Hombre.

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

Amorosísimo Redentor, fijando mis ojos en vos, clavado en ese duro madero, bien conozco cuanto os cuesta. Aquellas acerbísimas penas, aquellas profundas llagas, aquella Sangre de infinito valor, son el precio que habéis pagado por el rescate de mi alma; ¿Y yo tampoco cuido de ella? ¿y la doy al demonio por una nonada, por un desahogo de vil pasión, por un deleite bestial? ¡Qué amargura, qué desprecio os aporto de esa manera! ¡Sangre Preciosísima, vos sois el precio de mi alma, y yo no la he estimado en nada, aún más, he hecho cuanto he podido por perderla!

¡Ah! Si así me he conducido hasta ahora, de hoy en adelante estoy resuelto a trabajar con todo empeño por salvarla. Sangre de Jesús, ya que vos la habéis redimido, dadme también gracia eficaz para cuidar con la mayor diligencia de su salvación.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh! Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un

menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadeceos de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que lllore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre.

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios.

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 28

DÍA VIGÉSIMO OCTAVO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh! Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que de continuo estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

Los devotos de la Preciosa Sangre serán confortados por Jesús a la hora de la muerte.

I. Terrible es la condición del moribundo. Él es atormentado de acerbos dolores en el cuerpo y de crueles angustias en el alma, sin que nadie en el mundo le pueda aportar alivio alguno. Jesús crucificado no abandona en tal estado a sus devotos sino que compasivo los socorre. "¿Puede, él mismo dice, olvidarse una madre de su hijo? Y aunque tal sucediese, yo no me olvidaré de ti, teniéndote escrito en mis manos con letras impresas por mi propia Sangre", añade San Alfonso (Isaías, XLIX, 15, 16. San Alfonso, Práctica de amor a Jesús, c. III, n. 13). ¡Oh afortunado moribundo devoto de la Sangre Preciosa! Estando en las manos del Señor, las angustias de la muerte ciertamente no te acosarán, como te lo asegura el propio Espíritu Santo (Sabiduría, III, 1). Si anhelas una tal muerte, oh cristiano, sé amante de la Preciosa Sangre.

II. Jesús agonizó en la cruz, entre los más acerbos desmayos derramando Sangre a cada momento, por los clavos, que cada vez más le destrozaban las manos y los pies, y por las espinas, que a cada movimiento de cabeza le abrían nuevamente las heridas. Quiso Él sufrir tan amarga agonía, y derramar en ella tanta Sangre, para obtenernos ayuda a nosotros en el trance de la muerte. Por esto, con verdad podemos decir con el salmista: "Cuando me halle próximo a morir, no temeré los males que me rodearán; pues tu sangrienta pasión, oh Señor, será mi sostén y mi consuelo en aquel extremo trance" (Si caminare en medio de las sombras de la muerte, tu vara y tu báculo me consolarán. Salmo XXII. Vara, es decir, la cruz de Cristo; báculo, es decir, el misterio de la cruz. San Agustín, Sermón de Cataclismo c. V, y Sermón 197 de Domínica I después de Trinidad, c. II). Ante tal consideración, ¿quién no se sentirá penetrado de amor hacia un Dios que en medio de las más atroces penas, perdió la vida por librarnos a nosotros de una angustiosa agonía, y volvernos dulce la muerte? ¿Quién no se sentirá impelido a ser devoto de la Preciosa Sangre?

III. San Francisco Javier, muriendo abandonado de todos sobre una playa, halló sumo consuelo en aquel a quien tanto había amado, en el crucifijo, que apretaba entre las manos (Giussano, Vida del Santo). San Carlos Borromeo, que durante su vida había meditado a menudo las penas de Jesús en la pasión viendo al morir una imagen de Éste, se sintió de tal manera confortado, que fue obligado a exclamar: "¡Oh, qué alivio me aporta tan querida vista!" (Massei, Vida del Santo). Convertida Santa Jacinta Mariscotti se entregó por entero al amor del Crucificado, el cual le reveló la hora de su muerte; y ella abrazando cariñosamente el crucifijo, plácidamente expiró (Flaminio de Latera, Vida de la Santa). ¿Quién de nosotros no anhela auxilios especiales de Jesús en el trance de la muerte? Procurémoslo, pues, siendo devotos de su Sangre meditando a menudo las penas en medio de las cuales fue derramada.

Ejemplo: Elena de Massimi, niña de trece años, a menudo prorrumplía en amargo llanto, al pensar en los dolores de Jesús; se embriagaba en su Sangre, recibiendo los santos sacramentos; y cuando le fue administrado el viático, se vio junto a ella a Jesús, que con su Sangre Divina roció toda el alma de ella; la cual fue vista por San Felipe Neri, entre coro de ángeles volar al cielo (Bacci, vida de San Felipe Neri, parte III c. II. n. 9.). ¡He aquí la hermosa muerte de quien ama la Sangre Preciosa!

Se medita y se pide lo que se desea conseguir

Obsequio. Rezad tres Pater Noster, Ave María y Gloria Patri a Jesús Crucificado, rogándole que por su Sangre os asista en vuestra agonía.

JACULATORIA

Por vuestra Sangre,
al alma mía,
Jesús, concédele,
dulce agonía.

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

Salvador mío crucificado, cuando yo menos piense, me hallaré en el lecho de muerte, quién sabe entre cuantos dolores, entre cuántas tentaciones, entre cuántas ansiedades y dudas sobre mi salvación eterna! ¿Quién podrá entonces conformarme? No mis parientes, ni mis amigos, ni cualquiera otra persona del mundo; solo vos, Redentor mío, podréis ayudarme en aquella extrema hora. Y sin embargo por amor de los hombres tantas veces os he ofendido a vos. Perdóname, oh Jesús, ya que en adelante quiero aborrecer al mundo para servir y amar solo a vos, Señor mío crucificado, Quiero siempre haceros compañía al pie de la cruz, pensando con tierna compasión en las penas entre las cuales en ella agonizasteis y derramasteis por mi vuestra Sangre; y vos, por esa Sangre Preciosa y por esa vuestra dolorosa agonía, asistidme, confortadme, salvadme a la hora de mi muerte.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh! Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadeceos de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que lllore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre.

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios.

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 29

DÍA VIGÉSIMO NOVENO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh! Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que de continuo estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

La devoción a la Sangre de Jesús preserva del Purgatorio

- I. Para evitar el Purgatorio es menester purificarse en vida de toda mancha; y eso obra en nosotros la devoción a la Preciosa Sangre. Pues, recibida esta en los Sacramentos, nos borra todos los pecados; además, si somos deudores ante la justicia divina de pena aún no satisfecha por los pecados cometidos, por la misma Sangre se nos perdona aquella, mediante las indulgencias. Por esto, lávate en la Sangre divina, figurada en el agua con que Jesús purificó del polvo de las ligerezas los pies de los Apóstoles (San Buenaventura, suplemento al sermón 28 de Eucaristía, n. 164), y tendrás parte en el Reino de Dios, y te librarás del Purgatorio.

- II. Nos enseña San Pablo que por la Sangre de Jesús, mediante la fe, fueron perdonados los pecados cometidos antes de la Redención. Por tanto los justos anteriores a la Pasión del Salvador (instruidos por las profecías), tuvieron fe en Él y su Sangre (Romanos III,25...Maatini, lugar citado). Ahora, dice Santo Tomás que cuando Jesús, después de muerto, bajó con su alma al Purgatorio, libró de aquella penosa cárcel a los que habían tenido fe y devoción para con su muerte. Lo que también sucede al presente (Santo Tomás, p. III, L, .55, a. 8). Por esto Zacarías dice en sus profecías a Jesús: "Mediante tu Sangre, has hecho salir a los tuyos que estaban prisioneros, del lago que no tiene agua", es decir, del Purgatorio, como lo explica San Buenaventura (Zacarías, IX, 11. San Buenaventura, Exposición de la misa, e. IV, en el memento de los muertos). Quien, por tanto, anhele una suerte tan feliz, sea devoto de la Preciosa Sangre.

- III. La Iglesia, *dice el seráfico doctor*, por medio del celebrante ruega por los difuntos "creyendo firmemente que la Preciosa Sangre de Cristo sirve no sólo a los vivos, sino también para librar de las penas a los muertos" (Ibidem). Ofrezcamos, pues, esta Sangre en sufragio de ellos; con esta Sangre lavemos nuestras almas con la más tierna devoción, y así nos libremos nosotros y libremos a aquellos, del Purgatorio.

Ejemplo: La sierva de Dios, Ana de Jesús, terciaria de la Santísima Trinidad, rezaba siempre por su difunto marido delante de una cera bendita, que aquel acostumbraba a llevar consigo, y en el cual

estaba estampado de un lado el Niño Jesús abrazado a la cruz, y del otro, los instrumentos de la Pasión. Un día, en medio del fervor de la oración, se le apareció el marido de rodillas, con la mitad del cuerpo entre las llamas, y con las manos juntas, en actitud de pedir misericordia. Vio después brotar de la imagen del Santo Niño una fuente de Sangre que cayendo sobre aquel fuego lo apagaba (Alejandro de la madre de Dios, crónica de los trinitarios descalzos, p. III, libro IX, c. 12). Con lo cual, el Señor le dio a conocer que su marido, por haber sido devoto de la Pasión, en virtud de la Sangre Preciosa, volvería pronto al Cielo. ¡Bienaventurados, pues, los devotos de la Preciosa Sangre! quines también después de la muerte, en el Purgatorio, experimentarán los favorables efectos de tan saludable devoción.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir

Obsequio: Meditando las siete efusiones de la Sangre Preciosa, rezad treinta y tres *Pater Noster* por las ánimas del Purgatorio que en vida hayan sido más devotas de las mismas; a fin de que no sólo con la oración, sino también aplicándoles las indulgencias anexas, podáis apostarles copioso sufragio .

JACULATORIA

Por vuestra Sangre,
Señor, las puertas
Del Cielo abridme
Cuando yo muera.

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

Jesús mío, quien sabe cuántos años, tal vez cuántos siglos he merecido el Purgatorio! ¿Cómo podré estar tanto tiempo entre aquellas acerbísimas penas y en medio de aquel ardentísimo fuego? ¡Oh Sangre Preciosísima de mi Salvador, si vuestra devoción tanto sirve para librar del Purgatorio, o al menos para abreviar su duración, quiero dedicarme a ella por entero. Deseo a menudo embriagarme de Vos en los Sacramentos, ganar las indulgencias fundadas en Vuestro mérito y meditar las penas entre las cuales fuisteis derramada. ¡Ea! Purificadme Vos de toda mancha en esta vida, y abreviadme el Purgatorio. Sangre Preciosísima, tened compasión de las almas que allí están penando, ya que también por ellas habéis sido derramada. Apagad, pues, esas llamas que las devoran, y llevadlas pronto a bendeciros eternamente en el Cielo.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh! Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadeceos de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que lllore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre.

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios.

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO - DÍA 30

DÍA TRIGÉSIMO



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh! Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que de continuo estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

La devoción a la Sangre de Jesús conduce al paraíso

I. ¿Nos salvaremos o nos condenaremos? Este pensamiento no pocas veces perturba el corazón del cristiano. Para alejar de nosotros tal perturbación es menester que sigamos el consejo de San Pablo: "Hermanos míos, dice, tened confianza en la Sangre de Jesús, en que por ella entraréis al reino de los bienaventurados". Pongamos toda nuestra esperanza en la Sangre Preciosa, seamos verdaderos devotos suyos, y tendremos segura entrada al paraíso.

II. Toda gracia, como nos asegura San Alfonso, y la misma perseverancia final, no se obtiene sino con la oración; y para que ésta sea eficaz, dice el beato Simón de Cascia, debe ir rociada de la Sangre Preciosa. Además, a fin de detestar el pecado, es medio efficacísimo la meditación, especialmente la de la Pasión, dice el ya citado doctor San Alfonso; pues al pensar, escribe Santo Tomás, que un Dios ha muerto por amor a nosotros y que para redimirnos de la culpa ha derramado su Sangre, no puede menos que empujarnos a odiar aquella y amar a quien tanto nos ha amado. Por consiguiente, la devoción a la Preciosa Sangre, haciéndonos dejar el pecado y perseverar en la divina gracia, nos conducirá seguramente a la salud eterna.

III. Al beato Enrique Susone se le apareció el alma de su madre, coronada de gloria celestial. Después haber ella meditado por treinta años continuamente la Pasión de Jesús, un día mientras consideraba su deposición de la cruz, enfermó de puro dolor, y el Viernes Santo murió mártir de compasión hacia su Señor. En efecto, la devoción a la Preciosa Sangre es la vía segura que conduce al Cielo. San Juan lo dice claro: "Bienaventurados los que se lavan con la Sangre del Cordero divino: las puertas del paraíso les están abiertas a fin de que libremente entren". Todos los que están en el paraíso, allí han llegado por haberse lavado y purificado con la Sangre Preciosa. Nutramos también nosotros una tierna devoción a la Preciosa Sangre, amemos el precio de nuestra redención, bañémonos en ella, frecuentando los Sacramentos y meditando cada día el amor con que Jesús entre duras penas la derramó; y de esa manera seguramente llegaremos al puerto de la eterna salvación.

Ejemplo: Santa Teresa, siendo de niña muy buena y piadosa, con la lectura de novelas y la conversación frecuente con una jovencita que siempre le hablaba de amoríos y vanidades, empezó a aficionarse a ellas. Pero mientras un día estaba en entretenida conversación con una persona a la cual tenía afecto, se le apareció Jesús, como cuando fue azotado, chorreando Sangre de todos lados; y ella, aunque quedó conmovida del todo ante aquella vista, sin embargo, no supo arrancar de su corazón aquel mundano afecto. Pero después contemplando una imagen de Jesús, todo llagado y ensangrentado, se sintió totalmente compungida; y meditando de continuo la Pasión de Jesús, no sólo comenzó a vivir virtuosamente, sino que llegó a muy sublime estado de perfección. Jesús se le apareció muchas veces, especialmente en la hostia consagrada, ora, crucificado, ora coronado de espinas, ora manando Sangre, ora, habiendo ella comulgado, le hizo sentir la boca y la persona rociada de la Sangre Preciosa. Por lo cual, el divino amor tanto penetró en ella que, Él mismo, más bien que la enfermedad, la privó de la vida; y su alma, saliendo del cuerpo bajo la forma de una cándida paloma, junto con Jesús allí presente, voló al Cielo. Y sin embargo, en una visión que tuvo, le fue mostrado a Teresa un puesto preparado para ella en el Infierno. ¿Cómo entonces se libró de él? Recibiendo a menudo la Sangre Preciosa sacramentalmente en la comunión y místicamente en la meditación. Durante todo lo que nos queda de vida, honremos de esa manera también nosotros a la Sangre de Jesús; y con tal devoción viviremos santamente, y tendremos nosotros también la suerte de pasar de este mundo al paraíso para gozar eternamente de aquella incomprensible felicidad que Jesús nos ha merecido con la efusión de su Preciosísima Sangre.

Se medita y se pide lo que se desea conseguir

Obsequio: Pedid perdón a Jesús de las negligencias cometidas en este mes, y en compensación ofreced el corazón a quien os ha dado la Sangre.

JACULATORIA

Sangre Preciosa
Del Hombre Dios,
A ti consagro
Mi corazón.

ORACIÓN PARA ESTE DÍA

Dios mío y Salvador mío querido, ¿tendré yo la suerte feliz de ir al paraíso a ver Vuestra hermosa faz y a gozar de Vos por toda la eternidad? Ah! Con este fin me habéis criado, y con este fin habéis derramado toda Vuestra Sangre; pero yo me he vuelto indigno con tantos pecados. ¡Ea! Jesús mío, suplid Vos mi indignidad con Vuestra Sangre; por ella os ruego que ablandéis el corazón, me hagáis llorar y detestar mis culpas, me deis la perseverancia final, y me encendáis todo de Vuestro santo amor. No, no quiero ir al Infierno a blasfemar de Vos, sino que quiero ir al Cielo a bendeciros. Ya que me habéis dado vuestra Sangre; ¡ea! No me neguéis el paraíso. Sangre Preciosísima, vos me habéis conquistado la gloria celestial; luego ella es mía. Yo la quiero, y por eso prometo con vuestra ayuda no mas perderla con el maldito pecado. Quiero ser vuestro tierno devoto y entrañable amante. Quiero teneros siempre impresa en mi corazón y en mi mente, para que de vos rociado obtenga libre entrada en el bienaventurado reino; y así, después de haberos amado y bendecido en la tierra, pueda amaros y bendeciros eternamente en el Cielo.

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh! Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para

recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadecedme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que lllore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre.

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios.

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

MES DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO – CLAUSURA

DIA DE CLAUSURA



Autor: Un Misionero. Traducido del italiano por O. M. Presbítero. Santiago de Chile, 1919.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh! Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que de continuo estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

SIETE OFRECIMIENTOS DE LA PRECIOSA SANGRE

1º Padre Eterno, os ofrezco los méritos de la Sangre preciosísima de Jesús, vuestro amado Hijo y Nuestro Divino Redentor, por la propagación y exaltación de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, única y verdadera fuera de la cual no hay salvación, por la expansión de la Fe en todo el orbe.

En seguida se dirá un Gloria Patri, etc. y después la siguiente jaculatoria

Sea para siempre bendito y alabado Jesús, que con su Sangre nos ha salvado.

2º Padre Eterno, os ofrezco los méritos de la Sangre preciosísima de Jesús, vuestro amado Hijo y mi divino Redentor, por la paz y concordia entre los gobiernos católicos, por la humillación de los enemigos de la santa fe y por la felicidad del pueblo cristiano.

Un Gloria Patri, etc. - Sea para siempre bendito y alabado Jesús, que con su Sangre nos ha salvado.

3º Padre Eterno, os ofrezco los méritos de la Sangre preciosísima de Jesús, vuestro amado Hijo y mi divino Redentor, porque se reconozcan y arrepientan los incrédulos, sean extirpadas todas las herejías y convertidos los pecadores.

Un Gloria Patri, etc. - Sea para siempre bendito y alabado Jesús, que con su Sangre nos ha salvado.

4º Padre Eterno, os ofrezco los méritos de la Sangre preciosísima de Jesús, vuestro amado Hijo y mi divino Redentor, por todos mis parientes, amigos y enemigos, por los pobres, enfermos y atribulados y por todos los que Vos sabéis que debo pedir y Vos queréis que pida.

Un Gloria Patri, etc. - Sea para siempre bendito y alabado Jesús, que con su Sangre nos ha salvado.

5º Padre Eterno, os ofrezco los méritos de la Sangre preciosísima de Jesús, vuestro amado Hijo y mi divino Redentor, por todos los que hoy pasaren a la otra vida, a fin de que los libréis de las penas del infierno, y los pongáis lo más pronto posible en posesión de vuestra gloria

Un Gloria Patri, etc. - Sea para siempre bendito y alabado Jesús, que con su Sangre nos ha salvado.

6º Padre Eterno, os ofrezco los méritos de la Sangre preciosísima de Jesús, vuestro amado Hijo y mi divino Redentor, por todos aquellos que son devotos de este gran tesoro de vuestra Sangre, por los que están unidos conmigo para adorarla y honrarla, y finalmente por los que trabajan en propagar esta devoción.

Un Gloria Patri, etc. - Sea para siempre bendito y alabado Jesús, que con su Sangre nos ha salvado.

7º Padre Eterno, os ofrezco los méritos de la Sangre preciosísima de Jesús, vuestro amado Hijo y mi divino Redentor, por todas mis necesidades espirituales y temporales, en sufragio de las animas benditas del Purgatorio, y particularmente de las que han sido más devotas del precio de nuestra Redención y de los dolores y penas de vuestra amada *Madre María Santísima*.

Un Gloria Patri, etc. Sea para siempre bendito y alabado Jesús, que con su Sangre nos ha salvado. *Un Pater Noster, Ave Maria y Gloria.*

OFRECIMIENTO

¡Oh Sangre Preciosísima de vida eterna, precio y rescate de todo el universo, bebida y salud de nuestras almas, que protegéis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia! yo os adoro profundamente y quisiera compensar, en cuanto me fuese posible, las injurias y ultrajes que continuamente estáis recibiendo de las creaturas humanas y con especialidad de las que se atreven temerariamente a blasfemar de Vos. ¡Oh! ¿Quién no bendecirá esa Sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflado de amor a Jesús que la ha derramado? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido rescatado con esa Sangre divina? ¿Quién la ha sacado de las venas de mi Señor

Jesucristo hasta la última gota? ¡Ah! Nadie podía ser sino el amor. ¡Oh amor inmenso, que nos ha dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! haced que todos los corazones y todas las lenguas puedan alabaros, ensalzaros y daros gracias ahora, por siempre y por toda la eternidad. Amén.

INVOCACIONES

A la Preciosa Sangre de Nuestro Señor...Purifica mi alma de toda malicia

Sangre Preciosa, por mi amor vertida.
Sangre de mi Dios, noble, excelsa y rica.
Sangre Redentora, vida de mi vida.
Sangre derramada, por las culpas mías.
Sangre rubicunda, de estima infinita.
Sangre del costado, en la cruel herida.
Sangre consagrada, en hostia pacífica.
Sangre con que aplacas, tu justísima ira.
Sangre con que borraste, la escritura antigua.
Sangre que te ofreces, por quien más te pisa.
Sangre que llorando, mi Jesús vertía.
Sangre que en lágrimas, hilo a hilo corría.
Sangre que te viste, de hombres abatida.
Sangre que brotaron, agudas espinas.
Sangre que arrastrada, fuiste y escupida.
Sangre que vertieron, manos atrevidas.
Sangre dulce y suave, humana y divina.
Sangre que nutrió la dulce María.
Sangre de mi alma, Sangre de mi vida.
Sangre siempre pronta, a curar heridas.
Sangre en que se funda, la esperanza mía.
Sangre encendedora, de las almas tibias.
Sangre que haces fuerte, al que en ti medita.

V: Adorémoste Preciosa Sangre y te bendecimos

R: Porque en la Cruz santa redimiste al mundo

ORACION

Omnipotente y sempiterno Dios, que con la Sangre de tu Hijo quisiste ser aplacado y que nosotros fuésemos redimidos, rogámoste que nos concedas de tal suerte hacer memoria del precio de nuestra salvación, que podamos en esta vida conseguir el perdón y en la eternidad, el premio de la gloria, por el mismo Jesucristo Señor nuestro, tu Hijo, que contigo vive y reina por los siglos de los siglos. Amen

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh! Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno con que, ingrato, he correspondido a las dulces y amorosas lágrimas de Belén y a la extrema pobreza en que por mi amor nacisteis; éste es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma; esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrasteis en el Cenáculo, cuando, abrazado en caridad y encendido en divinas llamas, os quedasteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! Parece que hemos andado a competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes; Vos con un amor que no tiene igual, y yo con un menosprecio que no tiene semejante; Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mí amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! Compadecedme de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto ingrato os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que lllore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid éste mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

V. Señor nos redimisteis con vuestra sangre.

P. Y nos habéis hecho un Reino para nuestro Dios.

OREMOS

Dios omnipotente y eterno, que habéis constituido a vuestro Hijo único Redentor del mundo y que quisisteis ser aplacado con su Sangre; te rogamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra salvación, y por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la

presente vida, que nos regocijemos después con fruto perpetuo en los cielos. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor que contigo vive y reina por los siglos de los siglos Amén.

FUENTE: <http://apostoladosagradocorazon.blogspot.com/?m=1>

ENLACE <http://apostoladosagradocorazon.blogspot.com/2016/07/mes-de-la-preciosisima-sangre-de.html?m=1>

VISITE

<https://radiocristiandad.wordpress.com/>